

EL
CABALLERO
QUE CAYÓ
AL MAR

H.C. LEWIS



HERBERT CLYDE LEWIS

El caballero que cayó al mar

Traducción de *Laura Wittner*

Posfacio de *Don Birnam*





A Gita

CUANDO HENRY PRESTON STANDISH CAYÓ DE CABEZA AL OCÉANO PACÍFICO, el sol empezaba a trepar por el horizonte oriental. El mar estaba calmo como una laguna; el clima tan templado y la brisa tan suave, que era imposible no sentirse gloriosamente triste. En esa parte del Pacífico, el amanecer se realizaba sin fanfarria: el sol simplemente colocaba su bóveda naranja en el borde lejano del gran círculo y se impulsaba hacia arriba, lento pero persistente, dándoles a las débiles estrellas tiempo de sobra para difuminarse con la noche. De hecho, Standish estaba pensando en la enorme diferencia entre la salida y la puesta del sol cuando dio el desafortunado paso que lo mandó al agua salada. Pensaba que la naturaleza prodigaba toda su generosidad a los magníficos atardeceres, pintando las nubes con haces de colores tan brillantes que nadie con un mínimo sentido de belleza sería capaz de olvidar. Y pensaba que por algún motivo incomprensible la naturaleza era extraordinariamente tacaña con sus amaneceres sobre aquel mismo océano.

El buque de vapor *Arabella* avanzaba, puntual, desde Honolulu hacia la zona del Canal; en ocho días con sus noches llegaría a Balboa. Pocos barcos hacían el trayecto entre Hawai y Panamá; ese único barco de pasajeros y algún que otro carguero de servicio irregular. Las naves extranjeras rara vez tenían motivo para pasar por allí, ya que Estados Unidos controlaba la mayor parte del comercio con las islas y casi todo el tráfico se dirigía a San Pedro, San Francisco y Seattle. En los trece días con sus noches que el *Arabella* había pasado en alta mar se había avistado un solo barco, en dirección opuesta, hacia Hawai. Standish no lo había visto. Estaba en su camarote leyendo una revista; pero el jefe de cubierta, el señor Prisk, se lo contó más

tarde. Era un carguero con algún tipo de nombre escandinavo que olvidó de inmediato.

Hasta el momento el viaje había sido tan afablemente plácido que Standish no se cansaba de agradecerle a su estrella de la suerte por haber decidido viajar en el *Arabella*. En una vida abrumada por cuidados y deberes, como correspondía a alguien de su posición, aquel viaje siempre se destacaría como algo simple y bueno. Si nunca volviera a experimentar tranquilidad no se preocuparía, porque ahora sabía que existía tal cosa. Su estrella era la Estrella Polar, baja en el cielo en aquella latitud, y la había elegido de entre todas las demás porque no sabía mucho de estrellas y esa era la más fácil de localizar y recordar.

En realidad, el *Arabella* era un carguero con unas pocas plazas para pasajeros. Había ocho pasajeros a bordo además de Standish. Estaba la productiva señora Benson, que le había obsequiado a su marido cuatro niños en poco más de cuatro años y medio. El propio señor Benson no estaba presente, pero sí lo estaban cuatro de sus imágenes, tres niñas y un niño cuyas edades iban de casi cero a tres años y ocho meses. Y el señor Benson era casi como si estuviera, con todo lo que la señora Benson le contaba sobre él. El señor Benson trabajaba para un banco como auditor itinerante; por algún motivo habían quedado separados y ahora la señora Benson iba a reunirse con él en Panamá.

De los tres pasajeros restantes dos eran misioneros, unos tales señor y señora Brown, que parecían levantar una barrera cada vez que Standish se les acercaba, como sugiriendo que sabían tanto más sobre Dios que no tenía sentido tratar de hacerse amigos. El último de sus compañeros era un granjero norteño de setenta y tres años llamado Nat Adams, que no tenía una explicación sensata para estar donde estaba. Después de toda una vida de honesta labor, dos cosas trascendentales le habían sucedido al mismo tiempo: una buena cosecha de papas y un fuerte ataque de ansias de viajar. Había dejado el arado y comprado los pasajes al azar; ahora, a bordo del *Arabella*, era el amigo leal de Standish, incansable al exponer las virtudes de sus dientes postizos, que se sacaba de la boca y exhibía con orgullo ante la menor provocación.

Los propietarios del *Arabella* no ganaban dinero con el viaje; se comentaba que el servicio entre Panamá y Hawai sería interrumpido el año entrante. La carga era escasa en aquella travesía, y el buque viajaba

parcialmente en lastre. El señor Prisk estaba francamente preocupado, porque él envejecía y sus dos hijos, allá en Baltimore, crecían. Hacía tres años que no veía a sus hijos ni a su esposa, pero la empresa le enviaba a la señora Prisk, automáticamente, el ochenta por ciento de su sueldo como primer oficial de cubierta, y a él solo le quedaba lo justo como para tabaco e impermeables.

El capitán Bell no les prestaba atención a sus pasajeros. Cenaba con ellos la primera noche en alta mar. Luego se retiraba a su camarote y pasaba en reclusión los días subsiguientes. El señor Prisk decía que el patrón era fanático de los barcos a escala y durante los últimos tres viajes había estado reproduciendo una goleta de cuatro mástiles en miniatura. El segundo y el tercer oficial de cubierta, así como los ingenieros y radiotelegrafistas, eran todos tipos sociables que llevaban adelante, a toda máquina, una clase particular de torneo de bridge; el que dejaba la guardia retomaba la mano del que debía suplantarle. Eran amables con los pasajeros y el señor Travis, jefe de máquinas, le mostraba a quien lo solicitara las profundidades de la sala de máquinas; pero el bridge siempre estaba primero. El señor Prisk, que había llegado a jefe de cubierta por medio del antiguo expediente de comenzar como marinero común para luego ir subiendo de rango, no sabía jugar al bridge, salvo por el innombrable “bridge de subasta”. Se veía así obligado, a fuerza de soledad, a mezclarse con los pasajeros de vez en cuando.

Standish la pasó bien desde el primer momento. Sin resultar demasiado misterioso, se las arregló para restringir al mínimo las averiguaciones sobre su propia vida, entrometiéndose con ingenio en la vida de los demás. No era nada difícil; todos (excepto los misioneros) estaban más que dispuestos a desahogarse. Standish observó que tenía un urgente afán por descubrir tanto como pudiera sobre aquella gente; por primera vez en su vida estaba de verdad interesado en seres humanos desconocidos. Pasaba horas contemplando la cara marchita de Nat Adams, o examinando los ojos azules y satisfechos de la señora Benson. Y los niños Benson eran una ilimitada fuente de deleite. Standish reconocía que le proporcionaban más placer los pequeños Jimmy y Gladys Benson que el que jamás le habían proporcionado sus propios hijos allá en Nueva York, aunque bien sabía Dios que los amaba tanto como cualquier padre. Con Jimmy y Gladys no jugaba; solo los observaba desde su cómoda reposera mientras ellos hacían todo tipo de locuras. Sus cómicas risas, sus cuerpos saludables y esa piel tan bellamente bronceada lo llenaban de una agradable forma de melancolía.

El viaje en su totalidad era realmente espléndido. Después del primer día de navegación, en que el mar estuvo un poquito agitado, el agua se puso tan increíblemente tersa que era como navegar por un océano de cristal. El clima era perfecto; era esa la única palabra que Standish podía pensar para describirlo. De hecho, los superlativos más comunes le bastaban a Standish para describir mentalmente el viaje. Había cosas que no podían ponerse en palabras, como los colores del atardecer, el suave oleaje del mar y la galaxia de estrellas en los cielos por la noche. En cuanto al resto: el camarote que le habían asignado, la comida, el aire, la litera no muy blanda con sus sábanas limpias y sus mantas fragantes, todo le parecía maravilloso, magnífico y fantástico. Comía mucho y hacía ejercicio en la piscina de lona que habían instalado en la cubierta, y por las noches simplemente se sentaba a fumar sus cigarrillos y escuchar a Nat Adams, que intentaba explicar cómo las ansias de ver mundo habían asaltado de un momento a otro a un frugal granjero de Nueva Inglaterra.

Todas las noches se acostaba muy temprano, y eso explica por qué estaba donde estaba cuando cayó al océano. Habiéndolo despertado, a las cuatro de la madrugada, el tintineo de ocho campanillas en el lejano puente delantero, Standish permaneció veinte minutos entre las sábanas limpias, sintiéndose voluptuosamente despierto. Se había acostado a las nueve en punto de la noche y, dado que eran las cuatro y veinte, supo que no podría volver a dormirse. La portilla sobre su litera estaba abierta de par en par. Se incorporó y apoyó el mentón sobre el bronce frío. Era una sensación extraña; deliciosos escalofríos le corrieron por la columna vertebral. Por último asomó la cabeza y dejó que el aire marino le pegara en la cara. Un poco más abajo el barco, abriéndose paso en el mar, hacía un sonido constante y quejoso. Las estrellas, rodeándolo, lo llenaron de admiración. Todo era tan magnífico que Standish se sintió como un niño.

Volvió a meter la cabeza y decidió levantarse y vestirse. Se había afeitado por la noche, y el baño podía esperar hasta después del desayuno, antes de ir a nadar. Simplemente se vestiría y saldría a dar una vuelta y vería la salida del sol.

Incluso en aquel barco informal Standish se vestía con decoro. Por alguna razón, no se veía usando pantalones flojos o estrafalarias prendas deportivas. Durante todo el viaje se había puesto trajes clásicos. Tenía cinco en total, y después de encender la luz eléctrica sacó uno gris del amplio baúl ropero que

estaba abierto, de pie, en un rincón. Pero primero se sacó el pijama y, con la piel desnuda, se lavó los dientes, las manos y la cara en el lavabo de su habitación. A continuación se peinó el cabello oscuro, opaco, lacio y obediente. Una vez vestido, extrajo con cuidado el dinero, las llaves y la billetera con sus papeles del traje marrón que había usado el día anterior y los introdujo en los correspondientes bolsillos del gris.

Ya en el pasillo, tuvo esa sensación que tenía con frecuencia a bordo del *Arabella*: la de ser un niño travieso a punto de hacer alguna diablura. La situación era tan serena que el zumbido de la sala de máquinas le volvió a dar escalofríos. Caminó en puntas de pie, como si las pisadas de sus zapatos sobre las placas de acero pudieran ser un sacrilegio. El mundo entero permanecía tan silencioso que Standish se desconcertó. El barco solitario abriéndose camino a través del ancho mar, la miríada de estrellas desvaneciéndose en el amplio firmamento... eran cosas elementales que lo calmaban y al mismo tiempo lo inquietaban. Como si por primera vez se diera cuenta de que todos los molestos problemas de su vida eran irrelevantes e intrascendentes; y aun así se avergonzaba de haberlos tenido en el mismo mundo que ahora creaba una situación como esa.

Standish llegó hasta el comedor desierto y se sirvió una taza de café negro; la cafetera quedaba encendida durante toda la noche. Lo tomó sin azúcar, dejando que el líquido amargo y caliente fuera despertando su cuerpo interno. Luego fumó su primer cigarrillo, inhalando profundamente. El aire de mar había hecho maravillas por su salud; la áspera tos de fumador que tenía al huir de su mujer varios meses atrás había desaparecido por completo. Habiendo sido siempre un hombre fuerte y muy cuidadoso de su cuerpo, Standish supo que estaba en la cima de su estado físico. Tenía treinta y cinco años y nunca en su vida se había sentido mejor.

Eran casi las cinco y el sol estaba por salir. En puntas de pie, Standish fue hasta la cubierta y se sentó unos minutos sobre la lona húmeda que cubría la escotilla. Después, agitándose sin razón aparente, como recordó vívidamente más tarde, atravesó la puerta antiincendios y avanzó por el pasillo de entrecubierta, al que daban la cocina, el comedor para la tripulación, el alojamiento de los camareros y otras habitaciones del estilo. El cocinero, un negro estadounidense, encendía, somnoliento, el fuego en la cocina.

Standish le dijo buenos días, aunque no quería hacerlo; las voces humanas, incluida la suya, volvían menos cautivadora la circunstancia. El

cocinero sonrió y le respondió el saludo, agregando algún cliché sobre lo temprano que se había levantado el señor Standish. “Ah, sí”, dijo Standish, y siguió caminando unos veinte metros más. Era ese su lugar favorito en todo el *Arabella* para estar bien temprano. Su lugar favorito para el atardecer era en la cubierta de botes, detrás de un bote salvavidas, donde podía sentarse a solas y mirar cómo bajaba el sol en el espléndido cielo. Pero la ubicación que eligió esa mañana era particularmente original. Era una abertura en el casco del *Arabella*; el pasillo hacía una leve curva antes de continuar hacia estribor, y luego había dos sólidas puertas antiincendio con más pasadores que una bóveda para cajas fuertes. Dado que el *Arabella* navegaba por un mar tan calmo, con reportes meteorológicos favorables, aquellas puertas se mantenían abiertas día y noche. Era allí donde más cerca se estaba del mar. Era posible agarrarse de uno de los muchos soportes e inclinarse bien hacia delante para mirar el agua. Allí estaba el océano Pacífico, menos de cinco metros hacia abajo; el mar en la línea de flotación del *Arabella*, espumando y burbujeando en distintos colores según el momento del día. Mareaba un poco si se lo miraba mucho tiempo, que fue exactamente lo que Standish hizo. No fue esa, sin embargo, la razón de su desgracia. Normal en todos los sentidos, Standish no era propenso a los desmayos.

Estuvo allí parado largo rato, tal vez unos quince minutos, escuchando el melancólico burbujeo del agua y el zumbido de las máquinas del barco, respirando tranquilo el aire suave y tratando de seguir, con mirada alerta, la imperceptible fusión de la noche con el día. Sin embargo, como sucede con tantas otras cosas, era aquel un placer del que un adulto se cansaba si se entregaba a él por demasiado tiempo. La emoción de estar tan peligrosamente cerca del océano se fue difuminando, haciéndolo sentir un poco tonto. La razón por la que se sintió tan tonto, comprendió muchas horas después, fue que estaba excitado como un niño, y eso es algo que los hombres adultos rechazan de solo pensarlo.

Standish decidió abandonar el lugar, aunque de pronto se dio cuenta de que no podría volver a pararse allí muchas veces más. La semana siguiente, Balboa; luego otro barco en el que probablemente hubiera que arreglarse para ir a cenar: camino a Nueva York y a los niños y a Olivia. Le habría gustado sentarse un rato en la cubierta y dejar los pies colgando por sobre el borde del *Arabella*, pero había varias manchas de grasa alrededor. Desde allí, todas las noches, los mozos arrojaban los residuos por la borda. Aparentemente, la

noche anterior no habían sido muy cuidadosos; había cáscaras de papa y otros restos de basura en la cubierta, con un poco de olor, si bien no tanto como para arruinarle el placer a Standish. Unos minutos más tarde, supuso Standish, los marineros fregarían la cubierta.

Aferrándose a un soporte seguro, Standish contempló por una última y larga vez el sol naciente y el plácido océano. Imaginó que nunca olvidaría la intensidad de ese momento. El mundo se llenó de dignidad. Dignidad era lo que se necesitaba para vivir tranquilo y en paz.

Por último, Standish se puso a pensar, sin razón aparente, en la asombrosa diferencia entre la aurora y el ocaso. Decidió tomar otra taza de café. Dio un paso atrás con el pie izquierdo y sacó la mano del soporte. Al moverse hacia atrás, la suela de su zapato izquierdo se topó con una mancha de grasa. Standish hizo un intento desesperado por volver a agarrar el soporte y aferrarse al piso con el pie derecho. Pero le erró al soporte, y apoyó el pie derecho en otra mancha de grasa, o tal vez en la misma; Standish nunca lo supo. La mancha de grasa era engañosa. De superficie áspera y gomosa, a simple vista no podía sospecharse su peligrosidad. Pero con una presión repentina, como la que había aplicado Standish, se volvía resbaladiza como el hielo.

II

LO PRIMERO QUE STANDISH PENSÓ AL CHOCAR CONTRA EL AGUA fue que tenía que evitar ser destrozado por la hélice. Como si toda su vida hubiera estado estudiando qué hacer en caso de caer al océano Pacífico. El instinto de supervivencia bramó con fuerza en su pecho, y Standish hizo lo que había que hacer. Muchos años atrás, cuando era apenas un muchacho, el tercer oficial de un barco que iba de Francia a Nueva York le había dicho, en medio de una conversación cualquiera, que no tantos de los que caían por la borda eran destrozados por la hélice, como suponía el hombre común. Standish había olvidado cómo se llamaba el tercer oficial, pero minutos más tarde tuvo que concluir que, a juzgar por su propia experiencia, el hombre sabía lo que decía.

El *Arabella* era un barco de una sola hélice, que avanzaba a la mísera velocidad de diez nudos. El mar estaba calmo como un lago artificial. Fue una zambullida torpe y desgarrada. Primero entraron los brazos, después la cabeza y por último el resto del cuerpo, con los pies doblándose al dar con el agua.

Se sintió de inmediato en un hostil remolino. El *Arabella* intentaba volver a atraerlo hacia su amplio seno, y el mar trataba de alejarlo. Aunque tenía los ojos bien cerrados debajo del agua, Standish pataleó instintivamente en la dirección correcta. Con toda la fuerza de sus brazos y sus bíceps impulsó su cuerpo hacia la superficie, alejándolo del barco. Una vez más el *Arabella* lo succionó como un imán gigante, y una vez más él golpeó con furia el agua espumosa. A continuación sintió que lo arrojaban con gran fuerza. “¡Oh, Dios! —se dijo Standish—. ¡Oh, Dios!” Sabía que estaba al costado de la

popa y su intuición le dijo que era inútil luchar durante los siguientes instantes fatídicos. De modo que se abandonó a su suerte y sintió que realizaba varias volteretas submarinas y otras contorsiones acrobáticas contra su voluntad. Cuán cerca estuvo, durante aquellos giros, de la agitada hélice del barco Standish nunca lo supo. De pronto se sintió zarandeado sin piedad, como si dos manos gigantescas lo estuvieran abofeteando de ida y vuelta. Fue enviado a las profundidades, tan abajo que le dolieron los oídos por el cambio de presión. Pero por lo demás estaba ileso. Contuvo la respiración durante toda la ordalía, apretando los ojos y la boca, y cuando apareció en la superficie un momento después, en el centro de la estela salobre del *Arabella*, ni siquiera había tragado agua.

Los pensamientos de Standish durante esos segundos tuvieron que ver, y esto es bastante extraño, más con la vergüenza que con el temor. Los hombres como Henry Preston Standish no andaban cayéndose de barcos en medio del océano; eso, sencillamente, no se hacía. Era algo estúpido, infantil y de mala educación, y si hubiera habido a quien pedirle perdón, Standish lo habría hecho. En Nueva York, los que lo conocían sabían que era un hombre afable. Su crianza y su educación habían hecho hincapié en la afabilidad. Incluso siendo adolescente, Standish siempre había hecho lo que había que hacer. Sin ser en absoluto esnob ni hacer un culto de las buenas maneras, Standish era realmente un caballero, en el buen sentido, del tipo discreto. Caerse de un barco causaba muchas molestias a los demás. Tenían que arrojar un salvavidas. El capitán y el jefe de máquinas tenían que detener el barco y hacerlo girar. Tenía que bajarse un bote salvavidas; y luego vendría el espectáculo de Standish, empapado y desaliñado, siendo devuelto a la seguridad del barco, con todos los pasajeros a lo largo de la baranda, alentándolo con una sonrisa y más tarde, sin duda, ofreciéndole toda clase de anécdotas sobre percances similares. Caerse de un barco era mucho peor que volcarle la bandeja a un camarero o pisarle la cola a una dama. Era aun más embarazoso que lo de aquella chica de alta sociedad que, en Nueva York, tropezó y cayó por las escaleras cuando hacía su gran entrada, la noche de su debut. Era humillante, mortificante. Era para insultarse por idiota; como para darse a sí mismo una patada. Cuando se ve a otros cometer esos errores bufonescos, en el fondo, no se los perdona; no hay compasión ante su incomodidad.

Ese tipo de pensamientos pasaban por la mente de Standish incluso

mientras daba las bruscas volteretas debajo del agua y se acercaba Dios sabe cuánto a las furiosas cuchillas de la hélice del *Arabella*. Después, cuando salió disparado hacia la superficie, desesperado por una bocanada de aire, dos nuevas líneas de pensamiento se impusieron en su cerebro. Una era que debía informar de inmediato al *Arabella* sobre su situación. La otra era que todo aquello resultaba tremendamente divertido: un hombre de su edad, cayéndose de un barco.

Sin embargo, la primera idea tenía más fuerza que la segunda. Cuando su cabeza apareció entre el agua espumosa, abrió la boca y respiró profundo. Al mismo tiempo comenzó a gritar en dirección al barco.

Pero no salió palabra de sus labios. Pedaleando en el agua para permanecer a flote, Standish abrió los ojos y se encontró con la visión más aterradora que hubiera visto nunca; tan aterradora era que su mente se paralizó por un instante. No de miedo, sino de asombro. Eran las nalgas indecentemente grandes y desnudas del *Arabella*, contemplándolo ominosas con sus ojos de buey, mientras se alejaban en un océano de espuma. Standish nunca había imaginado que un barco, ni ninguna otra cosa, pudiera verse así. Gracias a sus viajes, conocía mucho sobre la forma de los barcos; podía darse cuenta si un barco era lindo o feo. En Honolulu, al ver el *Arabella* desde cierta distancia meciéndose en el muelle, lo admiró de inmediato. Era largo y no demasiado ancho, no tenía incongruencias de caños o chimeneas, estaba pintado de un gris modesto, el puente no sobresalía y la cubierta contribuía a una elegante terminación. El *Arabella* daba la impresión de combinar fuerza con delicadeza... en Honolulu. Podía haberse llamado “señorita” *Arabella*; una señorita pechugona y autosuficiente, pero señorita al fin.

Pero ahora Standish comprendía cuán errado había estado. Los ojos se le desorbitaron un poco en esos breves momentos en que se quedó observando, fascinado y horrorizado, la nauseabunda visión. Una vez, en el zoológico de Nueva York, había visto el trasero sin adornos de un mandril adulto, y por unos momentos había quedado fascinado. Luego su costado más fino, imponiéndose sobre el ordinario, le había indicado darse vuelta e ir a ver los elefantes. La popa del *Arabella* le recordó las nalgas de aquel mandril. La hélice, revolviendo el agua, hacía un ruido persistente que Standish nunca antes había oído. Desde la cubierta posterior, donde esos ojos de buey lo observaban solemne y misteriosamente, la popa se curvaba hacia dentro y descendía hacia el timón, casi proclamando, con esas líneas en repliegue, que

eran aquellas sus partes privadas, de las que un hombre pudoroso debería desviar la mirada. En el centro, debajo de los ojos de buey, se había tatuado en la carne, en letras monstruosamente grandes:

ARABELLA - NUEVA YORK

Si hubiera podido elegir, Standish no habría mirado ese tatuaje hasta después de haber convivido muchos años con el *Arabella*.

Tan grande era la popa del barco y tan pequeño él, que se quedó sin habla. Era como si, caminando por el Central Park y contemplando los rascacielos con sus cúpulas doradas, se encontrara uno de repente, cara a cara y a la vuelta de un arbusto, con un dinosaurio de grandes cuernos. Sería tan tremendo el susto que pasaría un buen rato hasta lograr lanzar un grito. Muchas horas después, Standish pudo razonar todo esto y, aun siendo incapaz de perdonarse ese silencio, aceptó que había sido inevitable.

El *Arabella*, mientras tanto, había avanzado unos buenos cien metros; treinta, por lo menos, antes de que Standish saliera a la superficie, y unos setenta más mientras miraba enmudecido. Por fin su mente comprendió con espanto la cantidad de tiempo que estaba perdiendo. En furiosa batalla contra sí mismo, Standish intentó recuperar la compostura: esa fue, tal vez, su perdición. Porque logró, con un esfuerzo tremendo, volver a ser una persona racional. Si su horror hubiera llegado al miedo extremo, podría haber gritado enardecido para pedir ayuda; habría chillado y despotricado. Y quizás alguien, a bordo del *Arabella*, habría escuchado sus alaridos, aunque hasta eso era dudoso, debido a las peculiares circunstancias que tenían lugar en la cubierta de proa en ese instante.

Dadas las circunstancias, Standish estaba condenado por su educación a ser un caballero incluso en ese momento. Los Standish no eran gritones; tres generaciones de caballeros habían convertido la trompeta de la antigua laringe Standish en un melodioso violoncello. Ni siquiera había sido necesario enseñarle al niño Henry Preston Standish a no gritar; instintivamente había sabido que el fuerte de los Standish era una voz modificada con un tono circunspecto, uno de los tantos rasgos suavizados que habían permitido que los Standish prosperaran en el mundo cosmopolita.

De modo que después de volverse tan racional como podría haberlo hecho cualquier caballero que acabara de caerse de un barco, Standish le

informó al *Arabella* sobre su indiscreción.

—¡Hombre al agua! —gritó—. ¡Hombre al agua!

Solo que se dio cuenta —y le dio mucha gracia— de que no estaba gritando. Era necesario lanzar un tremendo alarido para hacer mella en el océano Pacífico, y Standish tuvo la ridícula sensación de que solo estaba susurrando.

—¡Hombre al agua! —dijo por tercera vez, haciendo un esfuerzo adicional por hacer oír su voz. Pero aparentemente el *Arabella* era indiferente a su queja; aquel trasero observaba con rostro inescrutable al hombre en el océano.

—¡Oigan! —dijo Standish, viendo cómo el *Arabella* se alejaba otros diez, veinte, treinta metros—. ¡Oigan, les digo! ¡Hombre al agua, al agua, al agua! ¡Oigan...! ¡Oigan!

Ignorando que uno de sus huéspedes se debatía en el mar, el *Arabella* seguía su debido curso. Las voces llegan lejos cuando el mar está calmo, pero algo conspiraba contra Standish: cierta falibilidad humana en el castillo de proa del barco.

El castillo de proa tenía dos sectores: uno en estribor, donde dormían los marineros, y otro en babor para los fogoneros, los engrasadores y los limpiadores. Uno de los marineros era un finlandés llamado Bjorgstrom a quien Standish nunca había visto. Bjorgstrom era un buen hombre, de modales humildes, capaz de permanecer respetuoso y sonriente ante sus superiores... si estaba sobrio. Pero no entendía que su raza no estaba hecha para beber, y había escondido en su armario un okolehao comprado en Honolulu. Durante toda la noche, enojado temporariamente con la vida, había estado tomando okolehao; y ahora el potente líquido estaba en el pico de su efecto. Cuando Standish realizó su ineficiente pedido de ayuda, Bjorgstrom armaba tremendo escándalo en el castillo de proa. Había estado cantando y hablando solo en voz muy alta; finalmente otro marinero llamado Gaskin, que intentaba dormir, le había pedido que se callara: Bjorgstrom se había negado rotundamente y se había puesto muy agresivo. Una palabra llevó a la otra y pronto los dos hombres estaban a punto de llegar a los golpes. Bjorgstrom tenía la lengua floja por el alcohol y Gaskin era naturalmente locuaz, con lo que cayeron en una estrepitosa discusión que no dejaba de subir de tono y de volumen. Si no la escucharon los pasajeros ni los oficiales, sí lo hizo la tripulación de ambos sectores del castillo de proa. El ruido

despertó a todos los que descansaban, que agregaron sus gritos iracundos a la vorágine de sonidos, exigiendo silencio total para poder seguir durmiendo.

Pronto una batahola de abucheos, silbidos y reclamos a todo pulmón reverberó entre las placas de acero del castillo de proa del *Arabella*. Durante esos momentos tan angustiosos para Standish, las cosas finalmente llegaron a tal punto que Bjorgstrom sacó un cuchillo y Gaskin se vio forzado a dejarlo inconsciente pegándole en la cabeza con un zapato viejo. Bjorgstrom se disculpó con Gaskin más tarde, cuando se despertó después de un largo sueño, tomó varios litros de agua y volvió a estar sobrio. Los dos hombres se dieron la mano, se palmearon la espalda y son amigos hasta el día de hoy. Sin embargo, es fácil entender que con toda la batahola fue imposible escuchar la débil voz de Standish clamando en el agua.

Standish, por supuesto, no era consciente de estas circunstancias. Cuando vio que el *Arabella* seguía alejándose, le ocurrió lo que debía haberle ocurrido unos minutos antes. Se dio cuenta de cuál era su destino, perdió la razón y recuperó su verdadera voz. Profirió unos gritos tan feroces y cargados de terror que el primero de los Standish, establecido en suelo americano alrededor de 1650, habría hecho un gesto de entusiasta aprobación de haber podido oírlos en su tumba.

—¡Hombre al agua! —gritó Standish—. ¡Hombre al agua, hombre al agua, hombre al agua!

Diez, veinte, treinta veces repitió Standish la cantinela hasta que se puso levemente morado y empezó a jadear. Pero el *Arabella* prefirió hacer oídos sordos mientras continuaba su camino. El tercer oficial estudiaba cartas de navegación en la cabina del piloto; el cabo soñaba despierto, los ojos sobre la brújula y las manos apenas sobre el timón; el capitán Bell tomaba café en su camarote, mirando orgulloso su goleta de cuatro mástiles, casi terminada; el cocinero fregaba platos en la cocina, y todos los demás trabajaban abajo o bien dormían.

Standish dejó de gritar tan repentinamente como había empezado. Ahora el *Arabella* estaba como mínimo a cuatrocientos metros. La estela en la que Standish pedaleaba se había mezclado con el mar, deshaciéndose en él. Una cosa era nadar en la estela espumosa y muy otra balancearse en el mar calmo. Una era efímera, parte de la vida que Standish conocía, algo creado por algo que había sido creado por el hombre. La otra era eterna e incomprensible. En la estela, la dificultad se percibía como temporaria. ¡Pero en el mar...!

Inexplicablemente, Standish se empezó a reír. Era difícil; tenía que tenderse de espaldas y mirar hacia arriba, directo al cielo pálido, pero lo logró. Rio como nunca antes había reído en su vida, o como nunca volvería a reír; carcajadas, risotadas, risas que le hacían saltar las lágrimas y le inundaban la garganta. ¡Henry Preston Standish cayéndose de un barco! ¡Henry Preston Standish solo en medio del océano! Era verdaderamente cómico; era la médula de todo humor. Si pudiera verlo Olivia... ¡los niños!

El sol naciente, que había quedado fuera de su vista por haber caído del lado del vapor y dentro de él, de pronto se hizo visible en el horizonte; o Standish se había desplazado un poco con la corriente o bien el cabo había permitido que el *Arabella* modificara levemente el rumbo de brújula. Standish se elevó un poco sobre el agua y se le rio en la cara al sol naciente. Había salido, entero y redondo, en el cielo bajo del este; el mentón se apoyaba, impaciente, sobre el horizonte. El sol lo observó despótico, como exigiendo que se le explicara quién era el pez extraño en ese mar familiar.

Y de pronto Henry Preston Standish comprendió la verdadera soledad de su situación. Era un endeble montoncito de vida en un mundo inmenso. El sol era muy fuerte y él muy débil. Aquel océano sin medida, tan seguro de sus poderes, le recordó que no era más que un hombre asustado muy lejos de su hogar. Varios segundos pasaron antes de que notara que había dejado de reírse.

III

STANDISH TENÍA UNA CICATRIZ ANGOSTA, de dos centímetros y medio, en la parte superior de la muñeca derecha. Ahí, hacía siete años, lo había mordido Olivia. Luego se había casado con él (dándole tiempo a la herida para cicatrizar) y fueron un matrimonio feliz. Fuerzas que Standish no había podido controlar le habían dado a Olivia un motivo para morderlo. La había conocido en una cena-baile que ofrecía la honorable agencia de bolsa Pym & Bingley, luego rebautizada como Pym, Bingley & Standish. Standish era bastante joven; había egresado de Yale hacía solo cinco años. Olivia era sobrina de Pym, que era cuñado de Bingley, y tan pronto como Standish posó en ella sus ojos esas fuerzas incontrolables se apoderaron de él, y lo desacomodaron. Ya le había pasado dos o tres veces en la infancia y en la juventud; por ejemplo, cuando quería ir a Yale y su padre insistía con que fuera a Princeton. Su padre, claro, no lo mordió, aunque Standish se salió con la suya y fue a estudiar a Yale.

Olivia lo mordió cuando Standish la llevó a su casa después del baile y trató, solemnemente, de besarla en el auto estacionado. Más tarde descubrieron que la única diferencia entre un beso y esa clase de mordida era la fugacidad del primero. Se casaron tres meses después y con el transcurso de los años tuvieron dos hijos, a quienes amaron aceptablemente. Sus vidas eran decorosas, recatadas y urbanas, y poco los distinguía de las miles de familias acomodadas que vivían en departamentos de cinco ambientes sobre Central Park West. Nunca pasaban hambre ni sed y nunca se topaban con vicisitudes que los sobresaltaran y les hicieran ver la lúgubre clase de vida que se desarrollaba a su alrededor.

El padre y la madre de Standish estaban vivos. También ellos eran gente decente que residía en los Oranges, Nueva Jersey. Standish era uno de tres hermanos —las otras dos eran mujeres— y había tenido de cada cosa lo mejor sin darse cuenta de que era lo mejor, dando todo por hecho con bastante falta de imaginación.

Aquellas fuerzas descontroladas rara vez lo gobernaban, pero cuando lo hacían eran todopoderosas y Standish quedaba esclavo de sus más mínimos caprichos. Por lo demás, la vida transcurría plácidamente, casi sin murmurarle en los oídos.

“Henry es el triste de la familia”, había comentado una vez su tía Clara, hermana de su madre, durante una conversación sobre las características, vicios y virtudes de los Standish. Lo que había querido decir era que Standish era conservador por naturaleza. La educación le había desteñido los colores vivos, dejándolo soso como un lienzo pintado de gris.

Hacía siempre lo correcto, pero sin entusiasmo. Para mantenerse en forma nadaba y jugaba al frontón en el Club Atlético, y al golf en temporada con Pym y Bingley. Para ganar dinero vendía acciones y compraba bonos del gobierno. Estaba bien informado y era buen ciudadano. Votaba cuidadosamente. Hacía todo cuidadosamente. Su departamento estaba siempre immaculado, su despensa siempre llena. Bebía con moderación, fumaba con moderación y a su mujer le hacía el amor con moderación; en realidad, Standish era uno de los hombres más aburridos del mundo. Si bien los psicólogos podrían afirmar que es imposible, Standish no era introvertido ni extrovertido.

Amaba a sus hijos —Henry Junior, de cinco años, y Helen, de tres— de una manera orgullosa y melancólica.

No hubo jamás una sospecha de escándalo en relación con Standish, a pesar de que concurría a clubes nocturnos, a menudo sin Olivia, y jugaba al bridge y pasaba noches en el bar del club, siempre con moderación.

Y sin embargo un día de primavera, hacía solo tres meses, poco después de haber celebrado discretamente su séptimo aniversario de bodas llevando a Olivia y a los Pym y a los Bingley al teatro, Standish, sentado en su oficina privada, se vio de pronto asediado por una vaga inquietud. Dejó de hacer lo que estaba haciendo y miró las cosas familiares que había a su alrededor, los papeles sobre el escritorio, las ventanas, los cuadros en las paredes, los dos teléfonos. Todas esas pertenencias siempre habían sido deseables y

reconfortantes; pero ahora, notó Standish sorprendido, no significaban nada. Se sintió enfermo, cansado y deprimido. Disculpándose adecuadamente con Pym y Bingley, demasiado absortos en las transacciones comerciales como para notar la gravedad de su aflicción, salió a dar un largo y solitario paseo por Battery Park.

Nunca antes había dado un paseo tan largo y tan solitario. Se levantó un velo delante de sus ojos y vio el mundo de otro modo. El aire que respiraba parecía diferente; el cigarrillo que fumaba tenía un gusto peculiar; sentía un sutil zumbido en la cabeza, la misma cabeza que había sido, hasta el momento, una de las más equilibradas del distrito financiero.

En el parque, el agua de la bahía chapoteaba incansable contra el muro de piedra, y Standish se apoyó ociosamente contra una baranda, mirando el mar con ojos asustados, inyectados en sangre. Las fuerzas sin control se apoderaron de él y lo sacudieron por los hombros, susurrando entre dientes apretados: “*¡Debes irte de aquí; debes marcharte!*”.

Adónde querían que se fuera, o por qué, Standish no tenía idea. Fue subiendo por Broadway. No había un motivo lógico por el cual marcharse; todo estaba en su lugar. Los negocios iban bien. Los niños crecían y era interesante sentarse a observarlos. Olivia le era fiel; apostaría lo que fuera; y era una de esas mujeres bien mantenidas que seguirían siendo hermosas y atractivas por muchos años más.

Standish volvió a su oficina. La visión de Pym y Bingley directamente le repugnó. Por suerte salió antes de que notaran su disgusto. Tomó un taxi hasta su casa y se fue directo a la cama. Olivia quiso llamar a un médico en el acto, pero Standish dijo que no, que quería descansar a solas en su cuarto. Olivia llamó al médico de todas formas; Standish estaba demasiado absorto en sus propios pensamientos como para protestar.

Aquel cuarto era una prisión. El departamento, la oficina, Olivia y los niños eran sus carceleros. Sintió que tenía que escapar o se volvería loco.

El doctor, un sensato médico de familia que había traído al mundo a los dos niños, dijo que Standish no tenía nada grave; solo fatiga por exceso de trabajo, aunque la presión estaba un poco alta. Le recomendó quedarse en cama varios días y tratar de no pensar demasiado en el negocio de corretaje. Dijo que sería aconsejable que se fuera a alguna parte a descansar, pero Standish no le prestó atención.

Standish no pensaba en absoluto en el negocio de corretaje; solo pensaba

que nunca volvería a respirar libremente salvo que se fuera muy lejos. Olivia se tomó todo el asunto con gran bondad y naturalidad; nunca se le ocurrió que Standish pudiera necesitar un psiquiatra. Las afecciones nerviosas y mentales no eran algo que Standish llevara en la sangre. Simplemente se aseguró de que el doctor fuera todos los días y de que nadie molestara a su marido.

En el cuarto día de su enfermedad, Standish la miró con ojos lastimeros.

—Olivia —le dijo—. Tengo que irme.

Ella lo amaba de verdad.

—Por supuesto. Qué estúpida fui al no darme cuenta de lo mal que te veías estos últimos meses. Tienes que descansar, Henry. ¿Quieres ir a las montañas o al mar?

—Al mar.

Salió de la cama, se vistió de prisa y tomó un taxi hasta una agencia de viajes. Olivia no pidió irse con él; sabía que quería viajar solo.

Standish compró un pasaje para un barco estadounidense que zarpaba al día siguiente rumbo a California. Una vez en la costa oeste, decidiría hacia dónde seguir. Acordaron que se ausentaría por dos o tres meses. Le resultó difícil mantener la compostura durante esas últimas veinticuatro horas en su casa. Sentía que se desmoronaba, y su incapacidad para darle a Olivia una explicación lógica empeoraba todo. Ella estuvo fantástica; otra esposa habría buscado una razón oculta, problemas de negocios nunca develados, tal vez, u otra mujer esperándolo en algún lugar. Pero Olivia fue leal y confiada en todo momento. Al darle el beso de despedida, Standish se avergonzó; era un beso sin fervor: su mente estaba en horizontes lejanos, no en Olivia.

También los niños parecieron entender que no tenían que armar escándalo. Henry Junior lo miró suplicante y permaneció en silencio cuando Standish lo besó precipitadamente en la mejilla. Hasta la pequeña Helen lo contempló desde la cuna con ojos tristes y extrañados.

Cuando sonó el pitido de advertencia del barco, Olivia aferró la mano derecha de su marido y lo contempló durante largo rato con los ojos llenos de ternura y compasión.

—Cuídate, Henry —le dijo—. Y tómate un largo descanso.

Él apartó la mirada; se sentía desgraciado, encadenado. Murmurando algo sobre escribirle desde cada puerto, la acompañó hasta la rampa de abordaje.

Ni siquiera se quedó a mirarla parada en el muelle entre el gentío.

Preguntándose qué demonios le sucedía, se encerró en su camarote y fumó una serie interminable de cigarrillos. Pudo sentir que el barco abandonaba el muelle y avanzaba por el puerto. Sintió que estaba esperando algo, pero no supo qué.

Pasó tres horas sufriendo, sentado en su cabina, y luego, de pronto, se levantó y sin pensar ni sentir nada diferente salió al pasillo, subió dos pisos y llegó a la cubierta.

Cuando el viento lo golpeó en la cara, el sacudón de júbilo fue tan inmenso que se tambaleó, débil, junto a la barandilla, aferrándose con toda su fuerza. El barco había dejado atrás el buque faro *Ambrose* y todo su cansancio, todas sus dudas y temores, desaparecieron en el mar como por arte de magia. Su corazón latía salvajemente, lleno de alegría. No obstante, se daba cuenta de que, aunque volvía a sentirse bien, no se sentía igual que antes.

Standish fue a la biblioteca y le escribió una larga carta a Olivia sobre los efectos benéficos del aire de mar.

El viaje a California fue delicioso. Parecía que tenía tiempo para todo: leer, escribir, jugar, comer, beber y dormir. Pero ahora esas cosas las experimentaba con un cierto brío que en su casa nunca había tenido; todas sus sensaciones se habían intensificado.

Al llegar a San Francisco, Standish se embarcó en un relajado viaje a lo largo de la costa y luego, por la ruta acuática interior, en dirección a Alaska. En todas partes se hacía amigos pero, aunque todos le tomaban cariño, él prefería estar solo la mayor parte del tiempo. De vuelta en San Francisco consideró la idea de regresar a Nueva York; de hecho, una noche llamó a Olivia desde el teléfono de larga distancia. En cuanto escuchó su voz, abandonó la idea del regreso.

—Está todo muy solitario desde que te fuiste, Henry —le dijo Olivia—. ¿No puedes volver?

—Me gustaría ver Honolulu ya que estoy por aquí —respondió él, de buenas a primeras—. Probablemente no podré hacer un viaje como este en mucho tiempo.

Le preguntó cómo estaban los niños y ella le dijo que habían estado caprichosos e inquietos desde su partida.

—Te extrañan, Henry. De verdad te extrañan.

Él estuvo a punto de patear el piso.

—Me gustaría ir a Hawai.

Entonces su mujer sonó asustada a casi cinco mil kilómetros de distancia.

—¿Por qué, Henry?

—No lo sé.

—¡Henry! ¿Qué pasó?

Él la tranquilizó.

—Nada, Olivia. En serio. Me siento bien. Subí de peso y nunca antes me sentí tan fuerte.

Cuando se despidió y colgó el teléfono se sintió ridículo. ¡Un hombre de su edad, treinta y cinco años, en la flor de la vida; un agente de bolsa exitoso y obstinado cediendo de aquel modo a su estado de ánimo! Era estúpido. Pero cuando compró el pasaje a Hawai se sintió realmente muy contento. También ese viaje fue agradable en su totalidad. Se quedó tres días en Waikiki y luego decidió volver a casa. Fue por casualidad que embarcó en el *Arabella*; había planeado regresar a San Francisco en el mismo barco que lo había llevado hasta Honolulu, y allí tomar un avión a Nueva York. Pero cuando bajó a cenar y se detuvo en recepción para poner la llave en su casillero, escuchó que el subgerente, hablando con un desconocido —Standish nunca logró reconstruir mentalmente la imagen de aquel hombre—, mencionaba el *Arabella*.

—Si busca un buen descanso —decía el subgerente—, ¿por qué no embarca mañana en el *Arabella*? Veintiún días hasta Panamá, con una navegación siempre tranquila.

El desconocido respondió que veintiún días eran cuatro más de los que podía tomarse; volvería a San Francisco en el barco de siempre. Pero Standish entró taciturno al comedor, con la palabra *Arabella* dándole vueltas en la boca. Recordó que en el barco de Nueva York a San Francisco, después de haber pasado el Canal de Panamá, uno de los pasajeros le había contado sobre ese viaje. “Si quiere ver las puestas de sol más hermosas del mundo en un mar increíblemente calmo —le había dicho el pasajero—, tómese un barco de Panamá a Hawai, o de vuelta.”

Standish tomó la decisión. No hubo problemas para hacer la reserva. Le mandó un cable a Olivia. En lugar de regresar en seis días tardaría un mes más. Al día siguiente embarcó en el *Arabella* y nunca lamentó su decisión... hasta el décimo tercer día de viaje.

El punto donde Standish cayó era, aproximadamente, a doce grados de

latitud norte y ciento ocho de longitud oeste, en el océano Pacífico.

IV

ESOS PRIMEROS MINUTOS DE MIRAR EL SOL FUERON DIFÍCILES, si bien más tarde el hombre que había sido criado en Standish volvió a ponerse al mando. Por cierto, el sol era un espectáculo aterrador y majestuoso, pero después de todo era solo el sol, y el océano solo el océano. Aquel era el trecho de océano más sereno del mundo; él era un hombre fuerte y lograba mantenerse a flote casi sin esfuerzo. Varios días atrás, el señor Prisk se había lanzado a una declamación bastante extensa en la que explicaba que en aquellas aguas no había tiburones ni peces peligrosos. Standish no había podido retener el motivo; era demasiado náutico, tenía que ver con las corrientes, los vientos y la temperatura del agua; pero la conclusión había quedado en su memoria y fue una de las primeras cosas que pensó una vez que el *Arabella* se hubo alejado un poco.

El sol ya había subido; se extendían ante Standish unas buenas doce horas hasta que volviera a bajar, y tuvo la certeza de ser un punto muy conspicuo en medio de ese mar sereno. La temperatura del agua se acercaba a la tibieza y no había rastros de frío en el aire. No sería duro pasar sin comida las horas que fueran necesarias; y en cuanto al agua, al no sentir aún las punzadas de la sed, Standish confiaba en poder pasar doce horas sin beber, si tuviera que hacerlo. Tarde o temprano notarían su ausencia en el *Arabella*; de inmediato deducirían que había caído por la borda y darían la vuelta para ir a buscarlo. Y a plena luz del día no había manera de que no lo encontraran, salvo que fueran completamente ciegos, ya que era la única imperfección en el mar infinito. En algún distante lugar de su mente existía la idea de que la corriente debía estar alejándolo, de manera imperceptible, del lugar donde el *Arabella*

lo había dejado caer, pero decidió que no era para preocuparse; si la corriente lo movía a él, también movería al *Arabella*, con lo que las cosas, a la larga, se emparejarían.

A decir verdad, después de un rato, Standish empezó a sentirse alegre. Una vez, hacía mucho tiempo, había nadado, imprudente, más allá de la boya en una playa de Long Island, y se había sentido repentinamente alegre. Era así como se sentía ahora. Sin duda se trataba de una aventura descomunal; allí estaba él, un agente de bolsa de fuerza y talento medios, enfrentándose a los elementos primarios. Incluso si los elementos tendían a ser pacíficos, aquello era terriblemente emocionante. Standish estaba ansioso por poder contárselo a alguien.

De cara al sol, aunque le quemase los ojos, Standish consideró el tema con detenimiento, sin dejar de prestar atención al *Arabella*, para ver cuándo descubriría su ausencia y daría la vuelta para ir a recogerlo. Claro que estaba el oprobio que tendría que pasar cuando lo volvieran a subir a bordo, a él, un hombre adulto en aparente control de sus sentidos; era probable que hasta tuvieran que arrojarle un bote salvavidas para rescatarlo. Y estaba la vergüenza de explicarse ante el capitán Bell, que sin dudas le echaría toda la culpa al señor Prisk, de acuerdo con la antigua costumbre marítima de culpar de todo al jefe de cubierta. Estaba la humillación de enfrentar a los pasajeros, en especial al señor y la señora Brown, que seguramente lo verían como a un tonto. Y la mortificación de no poder evitar que los niños Benson hablaran abiertamente sobre el desdichado episodio una vez que los demás comenzaran a entender, gracias a cierta reserva que él tendría en sus maneras, que era mejor no discutir el tema excepto que él mismo lo mencionara.

Pero una vez que el viaje hubiera terminado, cuando volviera a Nueva York con Olivia y los niños, sería agradable referir las sensaciones que ahora experimentaba. Pym y Bingley quedarían estupefactos.

Pedaleando cada vez con más pereza, Standish sonrió, feliz, y pronto se encontró lanzando risitas como un niño histérico.

Casi que podía representarse a Pym mirándolo con recelo. “*Pero ¿no tenías miedo de los tiburones?*”

“*No, Pym. Verás, no hay tiburones en esas aguas. Tiene que ver con las corrientes y el viento. Es demasiado técnico; si no, trataría de explicártelo.*”

Tal vez hasta sería más atinado mentir un poco en este punto. Después de todo, pocas personas habían estado solas en medio del océano, y nadie sería

capaz de verificar lo que decía; al menos nadie dentro de ese limitado círculo de hombres de negocios con sus esposas.

“Claro que no tenía miedo, amigo mío. Cuando te llega el momento, te llega el momento; así me lo planteé. Si un tiburón hubiera estado destinado a encontrarme, me habría encontrado. Eso me dije, y me di por satisfecho.”

Pero Olivia. ¡Era a ella a quien quería contarle la historia! Abriría muy grandes los ojos azules, sin interrumpirlo durante el relato. Esa era una de las cosas que le encantaban de Olivia; nunca interrumpía.

“Allí estaba, cariño, caminando por el barco, y de pronto se me ocurrió bajar hasta una pequeña abertura en la cubierta inferior para ver salir el sol. Miré un rato el sol y después, al retroceder, me resbalé y caí de cabeza al océano. ¿Puedes creerlo? ¡Un hombre de mi edad! No, no me asusté. ¿Por qué me iba a asustar? Nado bien, y el agua era más calma de lo que puedas imaginarte. Estaba agitado, claro, y muy interesado en toda la cuestión. ¿Te das cuenta? Primero estaba en un mundo, sano y salvo en el barco, bien alimentado; y de pronto... un resbalón y segundos después estoy en un mundo totalmente distinto.”

De un momento para otro lo invadió la tristeza. Standish notó que sus humores cambiaban con rapidez. Tal vez no debería haber pensado en esos dos mundos divididos por unos pocos segundos.

Miró automáticamente su reloj de pulsera. Era un reloj caro. Se lo había regalado su madre cuando estaba en la universidad y nunca le había causado ningún problema. Daba la hora a la perfección y nunca había tenido que mandarlo arreglar. Debía haber costado unos cien dólares. ¡Pero qué rápido había dejado de funcionar en contacto con el agua! Si se observan todas las cosas a la vez, se verá que algunas están especialmente hechas para la vida en la tierra mientras que otras prosperan en el agua. Un reloj de pulsera exhalaba su último aliento en un abrir y cerrar de ojos; el agua era su veneno mortal; unas gotas de agua y se escurría de él todo signo vital. Otras cosas, patos de goma, esponjas, algas, florecían y se agrandaban en el agua. Pero ¿y el ser humano? Standish decidió que el ser humano era temperamental con respecto al agua; a veces prosperaba y a veces se marchitaba.

Las agujas del reloj marcaban las cinco y veintitrés. Todos los días había modificado las agujas para que se correspondieran con la hora del meridiano anunciada por el señor Prisk en la pizarra del comedor. Las cinco y veintitrés era la hora exacta en que había caído por la borda.

“*Eran exactamente las cinco y veintitrés. Lo sé porque mi reloj se detuvo cuando cayó al agua.*”

De pronto Standish se sintió impaciente. No era una persona que tolerara la impaciencia, como sabían muy bien los empleados de la agencia. ¿Por qué el *Arabella* no daba la vuelta y volvía a recogerlo, así podía empezar a contarles a todos la historia? Se estaba muy solo allí, en el medio del océano. Y si las cosas seguían así, terminaría hablando solo, que era algo que Henry Preston Standish podía jactarse de no haber hecho nunca.

Ahora el *Arabella* tenía el tamaño de un bote de remos. Standish calculó que estaría a unos ocho kilómetros, y estimó que él estaba en el agua hacía media hora. En realidad estaba en el agua hacía cuarenta minutos y el *Arabella* estaba a once kilómetros. Sin embargo, este error de cálculo se debió tanto a su falta de experiencia en medición de tiempo y distancia como a su perdonable optimismo respecto al asunto.

El pedaleo permanente en el agua se estaba volviendo un poco cansador. Standish recordó que era flotante. De joven siempre le había causado gracia la palabra. Una vez un guardavidas se lo había explicado: “Algunos son flotantes y otros no; así es la cosa”. Standish podía extender los brazos, poner los pies en punta y, tendido boca arriba, arquear la espalda. Luego, si mantenía los pulmones llenos de aire, cambiando el suministro en bocanadas rápidas y arteras, era capaz de flotar por tiempo indefinido sin mayor esfuerzo. En su juventud, ese había sido uno de sus mayores deleites: nadar varios cientos de metros por el estrecho de Long Island, cerrar los ojos y quedarse flotando durante treinta minutos o tal vez una hora.

Standish decidió sacar provecho de su flotabilidad. Estaba el problema de la ropa, pero tendría que afrontarlo con valor. Con solo mirarlo, cualquier extraño estaría dispuesto a declarar solemnemente que Standish usaba ropa interior blanca. Pero lo cierto era que le gustaban las rayas y los colores. En ese momento tenía puesta una camiseta blanca y un short rayado, azul y amarillo. Además del natural pudor masculino, era esa otra razón por la que Standish decidió que de ninguna manera permitiría que lo rescataran en ropa interior. Bastante malo habría sido que lo volvieran a subir al *Arabella* en short blanco; pero azul y amarillo a la vista de todos, entre ellos el señor y la señora Brown, ya era imposible. En un hombre, el sentido de la decencia era tan importante como la vida.

En un instante se dio cuenta de la falsedad de esa noción. Empezaba a

sentir un ligero dolor en los hombros de tanto bracear. En cuanto fue consciente del esfuerzo, cambió de parecer. Nunca antes se le había ocurrido que la mente fuera un juguete del ser físico; que las convicciones estaban muy bien hasta que el cuerpo tenía alguna necesidad; entonces el cuerpo torcía la mente para hacer valer su voluntad. Lo único que supo fue que de pronto ya no le importaba si la buena gente del *Arabella* veía sus shorts azules y amarillos. Standish quería flotar y vaya si lo haría.

Comenzó con los preparativos para desvestirse metódicamente. Primero se sacó los zapatos. Logró quitárselos sin desatar los cordones; una pequeña presión y se salieron. Dejó que se alejaran por el mar sin siquiera mirarlos por última vez y solo con el pensamiento de que habían costado treinta dólares y que por suerte el zapatero de Nueva York tenía sus medidas y podría hacerle otro par en tres días. De todas formas, había otros dos pares a bordo del *Arabella*.

Standish no era ningún tonto; importantes personas del distrito financiero podrían atestiguar, si surgiera su nombre, que Standish no era ningún tonto. Se le ocurrió que en aquel mar calmo y suave acechaba solamente un peligro, la insolación, a pesar de que todo su cuerpo, excepto la cabeza, estaba bajo el agua. Debía protegerse la cabeza a toda costa.

Las medias fueron su salvación. Agachándose debajo del agua, desenganchó una de la liga y se la arrancó del pie. Luego la rasgó y se la aplastó sobre la cabeza. Repitió el procedimiento con la otra media. Ahora tenía doble protección contra el sol aunque, pensó con tristeza, su actual tocado habría provocado muchos comentarios, mayormente desfavorables, en el distrito financiero. Pero nunca nadie lo vería así, salvo Dios y un par de peces; se lo quitaría de la cabeza cuando el *Arabella* se acercara.

Todo eso mientras se daba cuenta de que intentaba retrasar el inevitable momento de sacarse el saco, el chaleco y los pantalones. No era tanto el orgullo que le provocaba su traje como lo que contenían los bolsillos. Pero decidió que ese problema podía solucionarse sin gran dificultad. Sacaría todo de los bolsillos y colocaría los diversos objetos dentro de su billetera empapada. Y luego podría aferrar la billetera o, mejor aún, atarla al short azul y amarillo. El short tenía una cinta ajustable en la parte de atrás, debajo de la cual podría poner la billetera.

Standish miró hacia el *Arabella* en la distancia. No era más grande que una canoa. Miró el cielo. Era inmenso como el coraje de un hombre, y el mar

se extendía más allá de sus esperanzas. El agua, vista desde el pasillo de entrecubierta, le había parecido gris azulada; pero ahora que estaba en ella y ya había avanzado el día, era verde azulada.

Standish sacó su billetera. Inspeccionó su contenido con alguna dificultad; no pudo resistir la curiosidad. Sostener la billetera con el brazo extendido y al mismo tiempo mantenerse a flote requirió un gran esfuerzo, pero valió la pena.

En uno de los bolsillos de la billetera había una pila de tarjetas de bares clandestinos, prolijamente unidas por una banda elástica. Habían quedado fuera de uso hacía muchos años; Standish nunca supo por qué las había conservado tanto tiempo excepto, tal vez, debido a que gran parte de su romance con Olivia se había desarrollado en esos bares deliciosamente secretos. Pero si estaban fuera de uso en Nueva York, ¡cuán doblemente inútiles eran en medio del Pacífico! Standish se esforzó por imaginar algo más inútil en su situación, pero después de unos instantes decidió que era una tarea imposible.

Otros papeles de la billetera eran igualmente interesantes. Los quinientos dólares en cheques de viajero estaban empapados, pero sin duda el banco tendría alguna disposición según la cual sería posible canjearlos. Una vez que explicara cómo fue que se le habían mojado, suponía que le darían los nuevos sin dificultad. La libretita de direcciones que utilizaba hacía cinco años sería una gran pérdida si se volvía ilegible; le llevaría muchos meses confeccionar una nueva. Los carnets del Club de Finanzas, el Club Atlético, el Club de Golf Weebonnick y el Club de Yale no eran problema; cuando se enteraran de su peculiar experiencia, los directores de las diversas instituciones sin duda le darían tarjetas doradas para reemplazar a las viejas.

Pero la foto de Olivia, él y los niños que les había sacado su madre la última vez que habían ido a los Oranges —hacía casi cinco meses— lo afligió. La miró durante mucho tiempo y trató de sacudirle el agua. Se preguntó qué estarían haciendo todos ellos en ese momento, tan lejos, en tierra firme.

Entre los efectos de la billetera había un viejo recibo de alquiler, varios pedazos de papel que no reconocía y una libreta de estampillas de tres centavos. Standish no pensó demasiado en esas cosas. Sacó sus llaves, el dinero, la lapicera fuente, el peine, la lima de uñas y los lentes de lectura de los varios bolsillos del saco, el chaleco y los pantalones y los puso con

cuidado dentro de la billetera. Después, con un suspiro de alivio, agarrando firmemente la billetera con la mano derecha, se deslizó fuera del saco. Se desabrochó el chaleco y se deshizo de él. Se sacó los tiradores de los hombros y salió, serpenteando, de sus pantalones. Los pantalones se alejaron de inmediato, pero el saco y el chaleco se quedaron boyando allí cerca por un rato antes de irse flotando. Por último Standish se rasgó la camisa, un pedazo blanco de paño fino inglés, y la arrojó.

Todo ese esfuerzo lo cansó un poco, pero cuando enganchó la billetera en la cinta del short y se tendió de espaldas, como hacía de joven, recuperó rápidamente las fuerzas. Respiraba con regularidad, llenándose los pulmones de aire limpio. No había temor en su mente, ni preocupación alguna por el aprieto en que estaba; solo una sensación de asombro ante la inmensidad de las cosas. Lo perturbaba un poco que el *Arabella* todavía no hubiera dado la vuelta; ahora no era más grande que un barril; pero estaba seguro de que lo haría de un momento a otro. Standish quedó inerte, meciéndose suavemente en el mínimo oleaje. Estaba muy cómodo.

“Allí tendido en medio del océano tuve una impresionante sensación de bienestar. Totalmente distinta, Olivia, a la de nadar cerca de la costa. No sé cómo describirla; me sentí un poco como si hubiera sido la última persona de la Tierra. Era apasionante, de verdad, ver que el barco se alejaba más y más y no saber si alguna vez volvería a rescatarme. No puedo ni tratar de describirte la vastedad de las cosas, la magnitud, la inmensidad del agua y el sol y el cielo.”

Por algún motivo le vino a la mente la letra de una vieja canción que solía cantar en sus días de estudiante. No se puso a cantar la canción; solo tarareó la melodía, repasando mentalmente la letra:

*No cabía en el estante el reloj de mi abuelo:
pasó noventa años en el suelo.
Era el doble de alto que el viejo
aunque en peso ambos iban parejo.*

*Lo desempeñaron
el día que nació
y fue siempre su orgullo y tesoro;
pero paró en seco*

*y ya nunca arrancó
el día... que el viejo... murió.*

FLOTANDO DE ESPALDAS, Standish se puso a pensar en las personas que viajaban en el *Arabella*; como resultado, cayó en el error común de creer que la cosa era recíproca. Pero lo cierto era que la buena gente a bordo del *Arabella* casi no pensaba en él.

El cocinero negro, en quien fluía el deseo elemental de ser amable, fue el último en ver a Standish; después de darle los buenos días cuando Standish se detuvo en el pasillo, el cocinero regresó a su tarea de preparar la comida de la jornada. Si hubiera aplicado solo un poco de lógica, podría haber deducido que algo estaba fuera de lugar; sin embargo, no lo hizo. El desayuno se servía de ocho a nueve y media, pero todo el mundo estaba en el comedor a las ocho en punto. Standish era hombre de huevos poché; también lo habían sido su padre y el padre de su padre. No solo era hombre de huevos poché, sino que era el único hombre de huevos poché en todo el *Arabella*. En el primer desayuno, cuando Standish pidió huevos poché, el cocinero murmuró alguna cosa; no llevaban a bordo el utensilio necesario y tuvo que hacerlos en una sartén. Pero más adelante, después de haber conversado con Standish y haber decidido que le caía bien, el asunto ya no le molestó. Aquella mañana Standish no pidió huevos. El cocinero, sin embargo, los coció a las ocho y diez y los puso en el horno para mantenerlos tibios hasta que el camarero los subiera al comedor con los otros pedidos. El camarero, que en verdad no era un tipo muy brillante —debido a una combinación de crianza y factores hereditarios—, se negó a llevarlos, diciendo entre dientes que Standish todavía no se había levantado a desayunar. Por alguna razón, el cocinero no halló nada relevante en esa frase mal articulada. Su mente debería haber

reaccionado; él debería haber sabido que Standish era un hombre metódico que siempre tomaba el desayuno a la misma hora. Pero la realidad fue que no lo pensó. Ni siquiera sintió gran remordimiento por haber malgastado los huevos; pertenecían al *Arabella*, nada salía de su bolsillo. No hubo ninguna otra manera de que notara su falta; el resto de la comida se servía en comunidad. En algún recóndito lugar de su mente, el cocinero decidió que Standish había llegado tarde al desayuno y se las había arreglado sin sus huevos poché. Alrededor de las diez tiró los huevos al océano, junto con otros desperdicios, desde el mismo punto donde el destino había arrojado a Standish.

Los pasajeros reunidos para el desayuno concentraban su atención en los rumores internos de sus respectivos estómagos. La señora Benson, por supuesto, no pensaba en Standish; el propio Standish, si hubieran podido preguntarle, habría dicho que era ilógico pretender que la señora Benson pensara en él. Repartir jugo de naranja, avena, huevos y leche entre cuatro niños era una tarea hercúlea, incluso con un camarero cerca que colaborara. Si es que realmente la señora Benson estaba pensando en algo, sería en su deseo de instalarse en Panamá junto al señor Benson, en una casa donde pudieran establecer alguna clase de rutina para los niños.

El pequeño Jimmy estaba tan molesto esa mañana que la señora Benson se dio por vencida y dejó de intentar que comiera su avena. Pero como era una madre sabia y severa, lo castigó mandándolo a su camarote durante una hora después del desayuno. Esto, por cierto, fue desafortunado, ya que Jimmy tenía la costumbre de buscar a Standish después del desayuno y pedirle que jugara con él, pedido que Standish nunca había rehusado; aunque, de algún modo, siempre había evitado participar activamente de los extenuantes juegos del pequeño. Ante la orden de su madre, Jimmy se fue a su camarote de inmediato y empezó a enfurruñarse. A la manera de los niños, permitió que el castigo creciera dentro de su mente. Después de una hora le empezó a gustar. Se quedó dos horas en el camarote, pensando formas de torturar a su madre; y cuando finalmente ella entró y lo sacó a rastras, él era un niño tan dolido y necesitado de compasión que estaba sombrío y silencioso. Se negó a jugar con sus hermanos y pasó la hora siguiente dando vueltas y mordiéndose los labios, con un aspecto tan enfermizo y pálido que el señor Travis, jefe de máquinas, sintió pena por él cuando se lo encontró por el pasillo.

—Muy buenos días tenga usted, jovencito —dijo el señor Travis; pero

cuando Jimmy, que había crecido en la floreciente calma de los suburbios de Honolulu, le respondió con un sucinto “¡Chiflado!”, el señor Travis comprendió lo profundo que era su sufrimiento, porque él también había tenido una vida infeliz—. ¿Te gustaría ser jefe de máquinas y conducir el barco? —le dijo, sin sorprenderse para nada por la respuesta descortés.

Standish habría reconocido, si se le hubiera expuesto la cuestión, que, tomando en cuenta el carácter, los antecedentes y la edad de Jimmy, no existía otra opción para el chico más que salir abruptamente de su abatimiento, esbozar una enorme sonrisa, tomar la mano fornida del señor Travis y descender alegremente por los escalones aceitosos hacia las entrañas de la nave. Allí Jimmy pasó las dos horas más encantadoras de su joven vida, y cuando por fin volvió a cubierta, su mente estaba tan llena de ruedas, indicadores y aparatos que no pensó en Standish por el resto del día.

El viejo Nat Adams fue el que más cerca estuvo de descubrir la ausencia de Standish; lo único que se lo impidió fue haberse dado cuenta de que él era un hombre del terruño mientras que Standish era un caballero cosmopolita. Desde el primer momento, los dos hombres habían forjado una amistad que floreció en melancólica hermandad, debido en gran medida a cierta timidez y reserva en el carácter de ambos. Standish veía en el nudoso granjero de Nueva Inglaterra la independencia de espíritu y la mentalidad sencilla de sus propios antepasados. Y Nat miraba a Standish con respeto: para él representaba la imagen de la gran ciudad, con toda su urbanidad y su elegancia. Lo halagaba que Standish creyera tener tanto en común con él, porque en secreto sentía que eran tan lejanos como los dos polos. El primer día de viaje Nat quiso entablar conversación con Standish; su solo aspecto, con ese traje clásico que susurraba su confección exclusiva, interesó y entusiasmó al granjero. Era por eso que viajaba sin rumbo fijo, para conocer caballeros como Standish, hablar con ellos y enterarse de cómo iba el mundo más allá de las granjas de Nueva Inglaterra. Pero Nat supo desde el primer momento que él no podía dirigirse a Standish; Standish debía dirigirse a él. Y eso fue exactamente lo que Standish hizo; rompió el hielo con alguna excusa cortés y se hicieron amigos de inmediato. Once días estuvieron juntos, Standish sobre todo escuchando; la conversación del granjero siempre le resultaba estimulante. Pero era Standish el que siempre se acercaba a Nat, y Nat entendía que, fuera de los distritos rurales de Nueva Inglaterra, Standish era superior. Luego, en la duodécima noche en altamar, que fue la noche

previa al accidente de Standish, Nat se quedó solo en la cubierta, contemplando las estrellas vespertinas, y de pronto descubrió en su cerebro un pensamiento magníficamente sagaz. No volvería a Nueva Inglaterra en barco, como tenía planeado, sino que, cuando el *Arabella* llegara a Panamá, atravesaría Centroamérica en auto, llegaría a México y luego viajaría desde Texas en tren hasta Nueva Inglaterra. Eran solo las siete y media y Nat sintió que tenía que contarle la idea a alguien; era demasiado buena como para no compartirla. Así que sin pensarlo salió a buscar a Standish, aunque en el fondo guardaba todavía alguna reticencia. Standish estaba en su camarote, escribiéndole una carta a Olivia; tenía intención de enviarla vía aérea desde Panamá. Nat golpeó la puerta y en el acto lamentó haberlo hecho. Pero cuando Standish abrió y vio que era el granjero, casi todas las dudas de Nat se evaporaron. Standish estaba realmente contento de verlo; lo invitó a pasar, lo hizo sentarse y escuchó atentamente mientras Nat exponía sus nuevos planes. Standish sonreía con envidia ante el granjero feliz; le dijo que no conocía mucho sobre el transporte en Centroamérica pero que imaginaba que no habría muchas rutas y que el viaje podía llegar a ser difícil. Dijo que hasta podría ser peligroso, pero Nat, riendo, preguntó:

—¿Quién querría lastimar a un viejo como yo?

Conversaron durante al menos media hora, y luego Nat se disculpó por haber irrumpido sin invitación y, a pesar de las sinceras protestas de Standish, dio las buenas noches y se fue. Pero pensó toda la noche en el viaje. No durmió en absoluto. Solo cerró los ojos y soñó gratamente con campos frondosos, nativos de extraña vestimenta y comidas picantes. Se adormeció al amanecer, pero cuando se despertó a las siete y media estaba ansioso por volver a hablar con Standish sobre el viaje. Había tenido más ideas durante la noche; hasta podría contratar un guía y un carro con caballo y atravesar así a los tumbos América Latina. Nat Adams sabía bastante de caballos; la cosa podía funcionar. Fue una gran decepción no ver a Standish en la mesa del comedor. Después de un succulento desayuno, Nat se paseó por la cubierta. Finalmente sintió que debía ver a Standish, sí o sí. Lo buscó por todo el barco y por último tomó la decisión de ir a golpear la puerta de su camarote. Se quedó parado unos momentos frente a la puerta, con el puño en alto y listo para dar el golpe. Pero entonces el buen granjero de Nueva Inglaterra se vio embargado por un sentimiento de vergüenza. ¡Qué descaro, ir a fastidiar a Standish! Standish dormía y él planeaba despertarlo. ¿Por qué no se ocupaba

de sus cosas, como siempre había hecho, y dejaba de molestar a los extraños? Nat se marchó en puntas de pie, con la lengua entre los dientes postizos. Le pidió al tercer oficial de cubierta un mapa de Centroamérica, se retiró a la intimidad de su propio camarote y dibujó sobre el mapa finas líneas en lápiz de un viaje que nunca realizó. Más tarde borró las líneas, porque el mapa no era suyo. A la hora del almuerzo se alegró verdaderamente de no verlo en el comedor, ya que había decidido que Standish lo consideraba una tremenda molestia y había tolerado con tanta paciencia su cháchara infantil solo porque era todo un caballero.

Lo mismo sucedía con los demás: todos creían que Standish estaba en algún otro lugar del barco, sin pensar realmente en él. Si Standish hubiera podido elegir a una persona en especial con quien enojarse, el ganador de tan dudoso honor habría sido el camarero. Ese mismo camarero que le había dicho al cocinero que Standish no estaba listo para sus huevos poché tenía a su cargo la tarea de limpiar los camarotes. Lo que le faltaba en inteligencia lo compensaba con una capacidad obstinada para trabajar como burro de carga. Al llegar a la puerta de Standish, a eso de las diez de la mañana, golpeó de manera automática, por si el pasajero se encontraba adentro. Al ver que no era el caso, como de costumbre, entró ceremoniosamente y comenzó con la limpieza habitual. Jamás se cruzó por su mente la idea de que la ausencia de Standish, tanto de la mesa del desayuno como de su camarote, pudiera significar que algo no estaba bien. Como era miércoles, el camarero cambió las sábanas y las fundas de las almohadas. Una vez que la cama estuvo hecha, los ceniceros vacíos y los rincones barridos, el camarero llenó la jarra de agua, puso un jabón nuevo sobre el lavamanos y toallas limpias en el toallero. Luego levantó el traje marrón, que Standish había dejado sobre la silla, lo cepilló con cuidado y volvió a colocarlo en su percha dentro del baúl ropero, que había quedado medio abierto. La camisa sucia, la ropa interior y los pañuelos que también estaban apoyados en la silla los puso en el último cajón del baúl. Había una corbata colgada de la silla, una corbata clásica, azul con lunares blancos. El camarero la observó solapadamente pero por fin suspiró y, tomándola con suavidad entre el pulgar y el índice para no ensuciarla, volvió a colocarla en su gancho dentro del baúl. Por último, sus ojos recorrieron la habitación y, muy satisfecho de sí mismo, decidió que estaba realmente impecable; ningún huésped podía desear un servicio mejor, salvo que estuviera loco de remate. Salió despacio, cerró la puerta suavemente tras

de sí y pasó al cuarto de Nat Adams, pero lo encontró sentado en una silla, dibujando extrañas líneas sobre un mapa, como en una ensoñación.

Un incidente curioso fue el encuentro casual de la señora Benson con el señor y la señora Brown, unas dos horas después del desayuno. La señora Benson era ferviente habitué de la piscina, al igual que Standish. Pero el señor y la señora Brown tenían su propia idea sobre nadar y bañarse; creían que lo segundo se hacía entre una puerta cerrada y una ventana vidriada, mientras que lo primero era exclusividad de los involucrados en ciertas formas de empresa comercial, como por ejemplo la pesca de perlas. Especialmente detestaban el traje de baño moderno, y más especialmente el rojo que usaba, con encendido desdén por las viejas convenciones, la señora Benson. Les dolía el pecho de indignación cada vez que lo veían, ya que era imposible no notarlo cuando estaba dentro de su campo de acción.

Aquella mañana la señora Benson pasó de la ropa al traje de baño puntualmente a las diez, y fue caminando, alegre y sin bata, hasta la piscina. La decepcionó bastante que Standish no estuviera; los días anteriores siempre había llegado a la piscina alrededor de las diez. Después de zambullirse y nadar sola durante veinte minutos, de pronto divisó al señor y la señora Brown, sentados juntos en las reposeras de la cubierta de paseo. El señor y la señora Brown compartían un viejo *Christian Science Monitor* y trataban con todas sus fuerzas de no pensar en el traje de baño de la señora Benson. Pero la señora Benson ni se imaginaba que les desagradaba. Sin más ni más salió de la piscina y, chorreando agua, corrió hacia ellos.

—¿Han visto al señor Standish? —les preguntó.

El señor y la señora Brown la miraron de reojo. El agua que le goteaba de los muslos formaba un charco a sus pies, y el traje de baño empapado se le adhería a la piel acentuando una figura femenina de la cual tanto la señora Benson como el ausente señor Benson estaban justamente orgullosos. Tras años de trabajo misionero entre los chinos, el señor y la señora Brown habían aprendido a tragarse el disgusto ante incidentes desagradables. De modo que la señora Brown miró a la señora Benson con una cara que no expresaba nada, y el señor Brown con ojos que trataban de no ver muy de cerca lo que nadie que mirara a la señora Benson en traje de baño podría eludir.

A continuación el señor Brown dijo:

—Creo haberlo visto hace un rato en la biblioteca.

Cuando, más tarde, el señor y la señora Brown analizaron en secreto esta

afirmación, decidieron que el señor Brown había cometido un error, confundiendo a Nat Adams, en la sala de lectura, con Standish. Nunca, ni siquiera ante ellos mismos, el señor y la señora Brown admitirían que la afirmación fue una completa patraña, inventada con el solo propósito de deshacerse de la señora Benson.

La señora Benson se fue hacia la sala de lectura, que estaba en un rincón del comedor, pero justo en ese instante la pequeña Gladys llegó tropezando por el pasillo en su traje de baño, que también era rojo, gritando que quería aprender a nadar, así que la señora Benson regresó a la piscina con su hija. Más tarde pasó por la biblioteca, pero Standish no estaba.

El día fue transcurriendo hasta volverse tarde, una tarde agraciada por un cielo que superaba, en su coloración y brillo, a todos los que lo habían precedido en aquel viaje. Los pasajeros se reunieron para almorzar, de a uno o en parejas, comieron y se dispersaron hacia agradables siestas o tranquilas lecturas. Cerca de las tres, el señor Prisk se sintió inquieto. No encontraba a qué atribuírselo, pero sabía que algo malo pasaba. Durante un largo rato se quedó solo en la cubierta, preguntándose cuál era el problema. Repentinamente, el nombre de Standish surgió en su cabeza. Se dio cuenta de que no lo había visto en todo el día; ni en el almuerzo ni en el desayuno, ni en ningún otro lugar del barco. De inmediato tuvo el presentimiento de que Standish había desaparecido. ¿Por qué, si no, iba a surgir ese nombre en su cabeza? Todo tenía una razón, como cualquier hombre de mar sabía por experiencia. Lo importante no era cómo había surgido el nombre —si por casualidad o designio divino o por una explosión de intuiciones acumuladas—; el hecho era que el nombre había surgido.

El señor Prisk era un hombre cuidadoso en todos los aspectos. Comenzó una búsqueda sistemática, porque no había nada que le desagradara más que ir a molestar al capitán Bell con falsos reportes. Decidió pasar al menos una hora intentando comprobar de manera totalmente satisfactoria que Standish no había desaparecido; si finalmente se convencía de que los hechos señalaban la conclusión opuesta, entonces, de mala gana, le comunicaría la noticia al patrón. Primero buscó en el camarote de Standish. Luego registró el *Arabella* de proa a popa de modo tal que, si Standish hubiera estado a bordo, no se le podría haber escapado. Luego interrogó por separado a cada pasajero (excepto al señor y la señora Brown, a quienes hubo que interrogar juntos) sin crear demasiada agitación ni develar lo que ya comenzaba a sospechar.

Todos, excepto el señor Brown, admitieron no haber visto a Standish desde la noche anterior. El señor Brown dijo:

—Creo que lo vi en la sala de lectura alrededor de las nueve y media... ¿o era el señor Adams?

El señor Prisk verificó que había sido el señor Adams. Interrogó luego a los oficiales y a la tripulación, despertando a los que estaban dormidos. Finalmente se enteró de que el cocinero había hablado con Standish antes del amanecer. El señor Prisk recorrió el pasillo y se detuvo largo rato ante la puerta abierta cuyo umbral había cruzado, involuntariamente, Standish. Al fin meneó la cabeza y suspiró. Aquello significaría tremendo problema. Pero apretó los dientes. Un hombre de familia, a veces, debía rebajarse; no era el único hombre de familia en el mundo que agachaba la cabeza.

El capitán Bell lijaba su goleta cuando entró el señor Prisk.

—¿Qué ocurre, Prisk? —preguntó, sin levantar la vista.

—Falta un hombre, capitán... el señor Standish, uno de los pasajeros.

El capitán detuvo su tarea.

—¿Cómo que falta un hombre?

—Por lo que he podido averiguar no ha estado a bordo desde las cinco de la mañana.

—¡Cinco de la mañana! ¿Pero qué insensatez dices? ¡Van diez horas!

—Lo sé, capitán.

—Registra el barco.

—Ya lo hice.

—¿Interrogaste a todos?

—Sí, capitán.

Furioso, el capitán Bell soltó la lija.

—Ridículo. Debe estar abajo, por la sala de máquinas. ¡Pero por Dios, Prisk! ¿Por qué vienes a fastidiar con estos reportes estúpidos? Bueno, acompáñame. Supongo que seré yo el que tenga que encontrarlo.

VI

EL *ARABELLA* SE ACHICABA CADA VEZ MÁS en la distancia y Standish sintió que se le hundía el corazón. Eso lo irritó porque, cada vez que en un libro se había topado con una frase así, había maldecido al autor por la pobreza de la descripción. Pero lo cierto era, según se vio forzado a admitir, que lo que fuera que conformara la parte interna de su corazón pareció, de pronto, hundirse más o menos hasta el punto donde se ubicaba el estómago.

No es que lo hubiera invadido un miedo avasallante; rio bruscamente ante esa idea. Sentía que podía permanecer allí durante horas, lo cual, estaba seguro, no sería necesario. Pero una que otra vez se encontró pensando: “¡Coraje, hombre, coraje!”.

Estos espasmos de murmullo interno terminaron por enfurecerlo. De todos los trucos idiotas que existieron desde el comienzo de los tiempos, se dijo acaloradamente, caerse de un barco en medio del océano era, por lejos, el más disparatado. ¡Era tan estúpido, tan absolutamente sin razón ni precedente, tan fuera de lugar para un hombre de su posición! Durante un rato, Standish rechinó los dientes en un ataque de cólera e impotencia. Nadie que lo conociera esperaría algo así de él. Su tía Clara lo declararía una absoluta inverosimilitud. Si su familia, que incluía algunos indómitos ejemplares de hombres y mujeres con demasiado dinero y tiempo libre, se hubiera reunido para votar quién, de entre todos ellos, era el más proclive a caerse de un barco, nadie habría votado por él. Y sin embargo allí estaba en ese aprieto increíble, y el *Arabella* alejándose cada vez más.

Tan repentinamente como lo había invadido, la ira pasó y en su lugar apareció una sofisticada y bastante ilógica postura de resignación. Allí estaba,

en medio del océano, y debía sacar lo mejor de la situación hasta que lo rescataran; no tenía sentido maldecir al destino. Y si no lo rescataban — volvió a mirar y vio que el *Arabella* era una mancha minúscula en el mar—, se ahogaría. Por primera vez consideró en detalle el problema de ahogarse. Consideró en primer lugar la opción de que no lo rescataran. Decidió que era posible. Pensó después que si estaba condenado a ahogarse, se ahogaría; eso era todo. Era muy sencillo y no tenía sentido ponerse melodramático y golpearse el pecho en una protesta inútil. No debía ser tan terrible ahogarse si se lo hacía con sensatez, sin perder la cabeza; y una vez muerto el dolor cesaría. Claro que él no quería ahogarse; había tantas cosas por las que quería seguir viviendo... Hasta donde sabía, podía estar ahogándose en ese mismo instante; si el *Arabella* no daba la vuelta para ir a buscarlo, realmente podía decirse que así era. Standish cerró los ojos y contuvo el aliento. De acuerdo con todo lo que había leído y escuchado, cuando un hombre se ahogaba veía pasar toda su vida ante sus ojos. Esperó con paciencia que algo sucediera, pero no fue capaz de extraer un solo incidente de todo su pasado. Lo enojó un poco no ver nada; después de todo era un hombre normal, y si otros hombres normales veían pasar su vida ante sus ojos, él también quería verla. Pero en seguida se alegró. Probablemente quería decir que no se estaba ahogando... ¡claro que no se estaba ahogando!

Standish observó en detalle el monótono cielo. De pronto le vino a la mente el nombre del carguero escandinavo que se había cruzado con el *Arabella*, yendo en dirección opuesta, hacia Hawai. Fue sorprendente cómo sucedió; no había pensado ni remotamente en el carguero, y ahora estaba en su mente, con nombre olvidado y todo. *Ingrid*, se llamaba. Tal vez el *Ingrid* lo rescatara si el *Arabella* no volvía. Pero sabía que no había ninguna posibilidad de que eso ocurriera, y de pronto se encontró pensando: “*Standish... Standish... no te hagas falsas ilusiones*”. Y entonces volvió a sentirse desdichado.

Pensó en los pasajeros del *Arabella*; seguramente notarían que no estaba. El cocinero lo había visto irse por el pasillo y no lo había visto regresar; seguramente informaría sobre su ausencia. El camarero notaría que no había pedido el desayuno; el camarero vería que no estaba en su camarote; seguramente lo vería. Y el viejo Nat Adams... ¡allí tenía una certeza! Aunque dudara de todo lo demás podía confiar en Nat. Probablemente lo estuviera buscando en ese mismo instante, y además preocupado. En cualquier

momento iría a avisarle de su ausencia al señor Prisk. Y entonces tendrían que hacer girar el barco para ir a buscarlo. Era una ley no escrita del mar. Incluso si no le caía bien al capitán Bell, incluso si no quería tomarse la molestia, tendría que hacerlo. Era obligatorio. ¡Ah, y la señora Benson! Ahí tenía una certeza absoluta. Ella notaría su ausencia, un rato más tarde, en la piscina; pero el pequeño Jimmy, su viejo amigo Jimmy, él sí que lo echaría de menos directamente después del desayuno cuando fuera a buscarlo para corretear un poco por la cubierta. El fantástico Jimmy; el mejor chico de todo el ancho mundo. Jimmy era una doble certeza; certero como el amanecer de cada día.

De pronto le atravesó el cuerpo un intenso deseo de vivir. La excitación le hizo latir el pulso, y el corazón golpeó con furia dentro de su pecho. Nunca antes el tema le había interesado tanto; simplemente había vivido, casi sin pensarlo, imaginando vagamente que algún día, como era natural, moriría. Pero ahora veía con claridad lo valiosa que era la vida; que todo lo demás, amor, dinero, fama, era una farsa si se lo comparaba con la felicidad de, simplemente, no morir.

Fue así como comprendió la desconcertante enfermedad que lo había obligado a irse de Nueva York. Durante todo el viaje había pensado vagamente en eso, con temor a enfrentar la cuestión demasiado a conciencia. Pero ahora sabía qué era, y de algún modo se dio cuenta de que tenía valor para enfrentarlo. Era la enfermedad de la completa negación. Durante los cuatro días en que había yacido, apático, en la cama, hubo una hora, la peor de todas, en que se devanó los sesos intentando, sin éxito, pensar en algo que quisiera hacer. Primero, las cosas físicas: no había sentido deseos de comer, no tenía sed, no tenía deseos sensuales, estaba ahíto de alcohol y nicotina. No había sentido ganas de hacer ejercicio, y ciertamente no había sentido deseos de descansar o dormir. No hubo nada en absoluto del lado de lo físico que hubiera deseado durante aquella hora; todos sus tendones estaban tan inertes que no importaba si eran o no parte de él. Y la parte mental no había estado mejor. No había querido ver a nadie en absoluto, hablar ni “divertirse”; y sin embargo no quería exactamente estar solo. La poca capacidad creativa que había en él —en su juventud había escrito un soneto— había estado inactiva durante aquella hora. Igual que su intelecto. No había deseado jugar con las complejidades del álgebra avanzada, por ejemplo, y al mismo tiempo temblaba de solo pensar en un día de trabajo duro en la oficina, con los

teléfonos sonando sin pausa y los clientes forzándolo a tomar decisiones rápidas. En ocasiones anteriores, siempre había logrado disipar aquel ataque misterioso “enterrándose en el trabajo”; pero durante aquella hora estaba incluso demasiado desanimado para eso. Lo mismo había pasado con la parte espiritual; no había sentido gran curiosidad sobre el más allá o sobre el pasado, ni admiración ante la creación del mundo; ni ganas de ir a la iglesia ni ganas de no ir. Toda esa hora había sido un hombre completamente hastiado, atrapado en un vacío de nada; y era por eso que había sido tan terrible, fue por eso que tuvo que marcharse.

—Ahora el caso es exactamente opuesto —dijo de pronto Standish en voz alta—. Daría lo que fuera por un cigarrillo, un trago... ¡Oh, Dios mío, estoy hablando solo!

Pero era cierto; pensó en los cigarrillos llenos de agua que había tirado junto con su saco; qué delicia sería fumar uno. Cómo aliviaría la nicotina sus pulmones desbordantes. ¡Cómo un trago de whisky caliente y ardiente cosquillearía en su garganta reseca! ¡Y si pudiera descansar en una cama blanda, con dos almohadas blancas debajo de la cabeza... Olivia a su lado, con ese negligé de encaje que se ponía en ciertas ocasiones, y el perfume de su cuerpo haciéndolo caer en esa languidez! Trabajaría, jugaría con feroz entusiasmo si salía de aquella. ¡Sería una dínamo humana de día en la oficina, y de noche el favorito de todos sus amigos por sus perennes ganas de diversión, cada una de las noches! Y los domingos iría a la iglesia y rezaría y sería un buen, un gran hombre si Dios y el capitán Bell lo rescataban en ese mismo instante.

—¡Capitán Bell! —gritó Standish—. ¡Capitán Bell!

El silencio absoluto que siguió a aquel, su primer arrebato histérico, fue la instancia más deprimente que Standish hubiera atravesado. Casi se desvaneció del terror, la nuez de Adán se hinchó en su garganta cuando intentó tragar. Qué diminuto era su grito en el mar insondable; Dios debía estar desternillándose de risa. Lo invadió un sentimiento de vergüenza; pedaleó con furia en el agua y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo había escuchado. Pero todo lo que vio fue el oleaje sin límites del mar implacable, y el *Arabella*, una punta de alfiler en el horizonte.

Los ojos de Standish se endurecieron. Tomó una determinación inexorable, mientras el *Arabella* se convertía en un mero punto de su panorama. Usaría todas las facultades que le habían dado Dios y su crianza

para salir vivo de aquella; resistencia, coraje y lo más afilado de su inteligencia. Conservaría cada gramo de energía, evitaría la insolación, rechazaría el hambre y la sed, se mantendría a flote hora tras interminable hora, si fuera necesario, ejercitando un espíritu incansable. ¡Por Dios que haría todas esas cosas y viviría para contarla! No quería compasión; el error era suyo y solo suyo, el error payasesco de resbalarse sobre una mancha de grasa. Estaba dispuesto a sufrir por eso. ¡Pero sobreviviría!

Y entonces sucedió algo peor que todo lo que ya había sucedido; sucedió tan de prisa que lo tomó desprevenido. Se dio cuenta de que tenía sed. No supo qué fue lo que lo ocasionó, pero sospechó que había empezado a tener sed por pensar que no debía tenerla. Pronto comenzó a reprocharse por no haberse llenado de agua antes de caer por la borda. En un instante ya estaba cavilando sobre el gran enigma de la naturaleza en relación con la desproporción entre el contenido del océano y su potabilidad. Recordó que antes de dar el paseo que terminó en zambullida había tomado una taza de café en lugar de dos, como era su costumbre. De hecho, estaba volviendo a buscar una segunda taza cuando se resbaló sobre la mancha de grasa. Cuanto más pensaba en la conveniencia de no pensar en la sed que tenía, más sed tenía, hasta que, enfurecido, gritó:

—¡Por el amor de Dios, cállate! No tienes sed. Solo te lo estás imaginando. Pero si todavía no has estado ni dos horas en el agua...

Otro silencio abominable. El segundo estallido lo desalentó: realmente estaba hablando solo, él, Henry Preston Standish, cuyos ancestros habían sido tan cuerdos como distinguidos. Standish se puso a nadar un poco; una brazada suave, de pecho. Naturalmente, nadó hacia el *Arabella*, que retrocedía sobre el horizonte. Y el sol estaba alto; mucho más alto que cuando se había resbalado en la grasa.

Standish se puso tenso; sintió los golpes del corazón dentro del pecho. A menos de un kilómetro de allí un banco de marsopas jugaba suavemente en el agua. Había al menos una docena, y zigzagueaban entre el aire y el agua con saltos repletos de gracia; en definitiva, un espectáculo maravilloso. No fue el miedo a las marsopas lo que lo asustó; sabía que eran inofensivas (y en cuanto a las marsopas, ni siquiera se dignaban acercársele, la cautela ante lo desconocido por sobre el sentido de curiosidad); fue, en cambio, la comparación lo que lo hizo ver con tanta claridad lo inadecuado que era para la vida en el mar; casi tan inadecuado como su reloj de pulsera, que había

muerto al tocar la primera gota de agua. Qué abismo de siglos entre aquellas marsopas y él, y sin embargo deseó haber tenido sus agallas y sus colas. “Ósmosis”, pensó de pronto Standish, lo que lo hizo relajarse en el acto, porque esa palabra no había estado en su mente desde que estaba en primer año de la universidad, diecinueve años atrás.

Las marsopas se esfumaron tan rápidamente como habían aparecido, dejándolo con una melancólica sensación de desastre inminente. Volvió a mirar en dirección al *Arabella*. Ya no estaba.

No podía creerlo; hacía un instante estaba allí; diminuto, es verdad, pero allí en el horizonte, su única conexión con el mundo conocido. La melancolía dio paso a la desesperación mientras sus ojos recorrían frenéticamente el horizonte. Y en seguida la desesperación dio paso a las lágrimas, lágrimas de sal que le bajaban por las mejillas hacia el agua salada. Porque había vuelto a avistar el *Arabella*; sin darse cuenta había mirado directamente al sol y el barco estaba apenas hacia el norte. Pero no veía más que un manchón y una chimenea, y por momentos, cuando el oleaje delante de él alcanzaba su apogeo, no veía nada. Pataleó con frenesí, tratando de elevar el cuerpo por sobre el nivel del mar, forzando sus ojos lacrimosos a ver algo que no quería ver: aquella chimenea hundiéndose inevitablemente tras el borde de su mundo.

—¡Qué cruel, ay, qué cruel! —gritó Standish.

Y en el mismo momento se dio cuenta de que la billetera con el dinero empapado, la foto de su familia y las viejas tarjetas de bares clandestinos se había desenganchado, de algún modo, de sus shorts azules y amarillos y había caído al fondo del mar.

VII

EL SOL SE ELEVÓ, PERMANECIÓ UN RATO EN LA CIMA DEL CIELO, reluciendo diabólico sobre su mundo desolado, y luego, como si hubiera decidido mirar más de cerca, comenzó un tranquilo descenso. El hombre en el océano yacía en trance, perdido en la contemplación de su destino.

Alrededor de las tres de la tarde —a juzgar por la posición del sol— Standish se miró las manos húmedas y frías. Se les había escurrido todo el pigmento y lucían blancas, inanimadas, del color incoloro de la muerte inminente. Ahora la sed era tremenda, y no podía ahuyentar de su cabeza el horrible momento en que había visto el *Arabella* desvanecerse, haciéndose desear, por sobre el horizonte. A partir de allí la vida no había sido la misma, y el tiempo se había fusionado con la monotonía de su existencia. El color del mar era azul, y el azul se le filtró en el alma. De todas las maneras de morir, pensó, ahogarse era la peor, y se preguntó por qué le habría tocado semejante destino. Aquel asunto espantoso alteraba todas sus nociones preconcebidas sobre la justicia. Siempre había creído en la ley de la retribución; por cada bien que se hace se recibirá un bien, y lo mismo para todo lo malo. Pero Standish nunca le había hecho a nadie un gran mal. Es cierto que había perdido el dinero de algunas personas durante la caída de la bolsa, pero eso no había sido realmente culpa suya. En general había sido honesto, amable y justo, entonces ¿por qué el destino estaba siendo deshonesto, cruel y tan malditamente injusto con él? ¿Por qué no Pym? ¿Por qué lo espeluznante no caía sobre Pym, o incluso sobre Bingley? De pronto comprendió qué era lo horrible de morir ahogado en un calmo mar azul: el tiempo para pensar y maldecir al destino, para sentirse tan inútilmente pequeño y aterrado, para

mirar cómo la propia médula iba siendo succionada.

El único alimento con el que un hombre ahogándose podía subsistir era la esperanza de ser rescatado; de otra forma toda cordura se perdía. Y aun así, aunque creía que ya no había mucha esperanza, seguía conservando la cordura. En cierto sentido, esto lo confundía; a esa altura estaba en todo su derecho de estar loco de remate, derrochando sus últimas fuerzas en un salvaje arrebató de histeria. Pero no estaba loco en lo más mínimo; estaba perfectamente cuerdo y era terriblemente desgraciado. Standish decidió que era un hombre de tan buena formación que no podía enloquecer. No estaba en él perder el control; se dio cuenta de que, sin gran dificultad, estaba tomando nota sobre su propio dolor, del mismo modo que miraba subir y bajar la cotización de las acciones cuando estaba en su casa.

Ahora el sol calentaba muchísimo y de solo mirarlo, grande y abrasador, y recorrer después con los ojos inyectados en sangre ese mar vasto y solitario, con aquellas despiadadas extensiones de agua, todo en un círculo gigante más preciso que ninguna cosa que pudiera dibujar el hombre, Standish se sintió débil y enfermo.

Trató de no mirar a su alrededor. Trató de mantener los ojos cerrados y, flotando de espaldas en aquella posición que tanto había apreciado cuando joven, pero que ahora se volvía cada vez más angustiada, se imaginó que estaba en otra parte. Se imaginó que estaba en su oficina, en los brazos de Olivia, en los Oranges sentado en una mecedora y hablando con su madre y su padre, o en Hawai tendido en una reposera, contemplando la espuma en la orilla nocturna de Waikiki. Pero después de un rato comprendió con amargura que aquel intento de engañarse era tan infantil que tuvo, merecidamente, poco éxito. Porque todo el tiempo se filtraba en su mente ese inútil resentimiento hacia el destino, la absoluta injusticia de todo aquello. Dios debería avergonzarse de sí mismo, pensó Standish, por permitir semejante cosa. Otros hombres que se caían de barcos, hombres mucho peores que él, hombres que nunca habían hecho una buena acción en toda su ociosa vida, eran tratados con más bondad. Eran rescatados por barcos pesqueros; la corriente los arrastraba hasta la costa; partes de escombros, invalorable maderas podridas aparecían flotando en su camino, permitiéndoles descansar un poco, abandonar la tensión insoportable de yacer en una misma posición y mantener sus pulmones desbordantes y exhaustos permanentemente llenos de aire hasta el borde. Otros hombres tenían todos

esos alivios, pero a Standish Dios no le enviaba ni un fósforo.

—¿Por qué? —gritó Standish—. ¿Por qué?

Y entonces se dio cuenta de que era la primera vez que hablaba desde el mediodía, cuando el sol había estado justo sobre él. Su voz lo llenó de incalculable desesperación, sin eco alguno en ese vacío acuoso. En apariencia no había respuesta para su pregunta, que era, comprendió, pura y perdonablemente retórica. No había, y nunca podría volver a haber, respuesta para nada de allí en más; la vida estaba toda revuelta; se abusaba de la buena gente, se la torturaba; los malvados reían y vivían; y todos los proverbios, incluso “no puedes estar con Dios y con el Diablo”, eran una mentira atroz.

Ahora el sol calentaba al máximo, lo que significaba, se imaginó, que serían alrededor de las tres y media de la tarde. Pero sentía que ni de eso podía estar seguro; sin duda alguna debían ser las tres y media para cualquier otra persona, pero Standish ya no creía en nada. Sin embargo, si se daba por cierto que eran las tres y media, quería decir que había estado en el agua más de diez horas. ¡Diez horas! Grandes cosas habían sucedido en diez horas. Henry Preston Standish Junior, el varón que perpetuaría el buen nombre familiar, había nacido en menos de diez horas, desde el primero al último dolor de parto. Fortunas enteras habían sido ganadas y perdidas en menos tiempo, y allí estaba Standish, diez horas en el agua sin que ocurriera nada decisivo.

Pero cuando lo pensaba desde otra perspectiva, se sentía orgulloso de sí mismo. Muchos hombres, lo sabía, habrían muerto en diez horas. La mayoría, en semejante situación, no habría tenido su coraje. Solamente la sed, esa sed cruel e insidiosa, los habría liquidado como a mosquitos delante de una llama. De golpe surgió una nueva esperanza en el pecho de Standish; lo rescatarían; sabía que lo rescatarían. El cocinero, el imbécil del cocinero, seguramente habría notado su falta a esa altura. ¡El camarero, el pequeño Jimmy! El cocinero era un ser humano y como tal poseía un cerebro, más allá de cuán insignificante fuera o lo mal que funcionara. Dios pondría la idea en su torpe cerebro si no podía ponerla él mismo. El *Arabella* daría la vuelta e iría a buscarlo; sin dudas ya lo había hecho y en cualquier momento reaparecería en el horizonte, avanzando derecho hacia el puntito en el océano que era él. Todavía quedaban tres horas antes de que oscureciera; ¡tiempo suficiente, y sobreviviría, por todos los santos!

—¡Oh, Dios! —gritó Standish—. ¡Oh, querido Dios! ¡Oh, buen Dios,

amable Dios!

Su voz era trágicamente chillona, porque por un segundo vislumbró la razón de su nuevo optimismo. La idea del suicidio se había colado sutilmente en su cabeza; era eso. Y era esa su forma de combatirla, fingir coraje ante la nueva amenaza a su cordura.

Desde el momento mismo en que comenzó a pensarlo supo que no se suicidaría; los Standish no eran de los que se suicidaban. Y aun así, por algún sádico motivo que no podía analizar muy bien, decidió permitirse el placer de pensar deliberadamente en el suicidio mientras flotaba allí en el agua, sintiendo que cada inhalación le resultaba un notable esfuerzo. Para empezar, nunca nadie se enteraría. Eso le pareció mórbidamente divertido, una broma noble. Ni un breve párrafo en el diario, ni rumores en el club o a espaldas de Olivia. Hasta donde podía ver, era el único punto ventajoso que había logrado anotar desde que había resbalado como un campesino tosco y bruto en la maldita mancha de grasa. Sería imposible establecer los hechos, si es que algún día encontraban el cuerpo. Porque lo único que tendría que hacer era dejar salir el aire de sus pulmones, lo cual no era un esfuerzo sino una ausencia de esfuerzo, y permitir que su cara descendiera solo unos cinco centímetros de su posición actual. ¡Pero si ya el agua chapoteaba alrededor de sus fosas nasales! Con dos centímetros bastaría. Exhalar y sumergirse y después, de pronto, con el último resto de energía y voluntad, inhalar profundamente, no el aire, sino el agua azul. Luego, supuso Standish, seguiría una lucha desesperada; seguramente sus reflejos descargarían el agua de los pulmones y él saldría a los sacudones hasta la superficie, batiendo los brazos, tosiendo, escupiendo y jadeando. Pero si inhalaba el agua con suficiente determinación —todo dependía de esa poderosa inhalación subacuática— la lucha sería breve. Su dolor y su miedo habrían terminado, su sed se habría calmado; y nunca más tendría que ponerse en esa lamentable posición con la espalda arqueada, los dedos del pie en punta y los brazos extendidos. Standish decidió probar —solo hasta el punto de inhalar el agua— para ver cómo era la sensación.

Dejó salir el aire de sus pulmones y permitió que el cuerpo se hundiera agradablemente bajo el agua; cuando cerró los ojos fue catapultado hacia sus días de infancia, cuando se tapaba la nariz y metía la cabeza en la bañera. Era encantador estar bajo el agua, solo hundirse lentamente; sabía, y hasta lo lamentó, que el experimento terminaría en unos breves segundos y tendría

que volver a la superficie a tomar aire. De pronto sintió la irresistible tentación de avanzar un poco más con el experimento; inhalar solo un poquito de agua para ver qué pasaba. La gente se tiraba de los techos con menos provocación que aquella, y además cualquier cambio en su situación sería para mejor.

Estuvo a punto de hacerlo, pero justo entonces ocurrió algo notable. Sintió con absoluta certeza que podía ser rescatado; imaginó que oía en el agua las vibraciones del *Arabella*. Salió a la superficie automáticamente y tragó, desesperado, el aire fresco y salado. Escudriñó el horizonte en busca del *Arabella*, pero no lo vio por ningún lado. Exhausto, volvió a la posición de flotación, sintiéndose extrañamente atemorizado.

Después de eso, el tiempo se disolvió en un pensamiento brumoso; el dolor en su espalda alcanzó cierto nivel de persistente embotamiento y ya no mejoró ni empeoró. El trabajo de mantenerse a flote, que dependía de la velocidad con que podía descargar el aire de los pulmones y aspirar aire nuevo, pasó a ser una rutina cansadora y desagradable, como si estuviera trabajando durante horas frente a alguna máquina que lo forzara a realizar la misma tarea sencilla, invariable e incesante, miles de veces sin descanso.

“Olivia... niños, Junior, Helen. Era muy feo, pero a la larga me acostumbré. No creo poder describir la sensación de estar solo en medio del océano, pero lo intentaré. Solo mido un metro setenta y tres y peso sesenta y cinco kilos. Pero Dios sabe lo profundo que es el océano, o el peso total del agua. ¡Imagínense, Olivia, Junior, Helen! Hasta donde llega la vista, por delante y por detrás, se extiende el agua. Y encima el cielo y el sol. Ese es todo tu mundo; nada que rompa la monotonía de la escena. Y una mota de algo ubicada en el centro exacto del paisaje. Ese soy yo, tu marido y el padre de ustedes. Por momentos pensé que no tendría la fuerza para mantenerme a flote hasta que vinieran a buscarme. Alcánzame los cigarrillos, Olivia, por favor. Y un fósforo. Gracias. Después, allí tendido de espaldas (no, mejor decirles que estuve todo el tiempo nadando), nadando por ese mar olvidado de Dios, me topé con un banco de marsopas. Estábamos tan cerca que podrían haberme arrancado la mano. No me asusté. No tenía sentido asustarme. ¿Vieron alguna vez un banco de marsopas jugando junto a la proa de un barco? Es lo más lindo del mundo. Pero nunca pensé que me las encontraría cara a cara en el mar. Sí, Olivia, creo que voy a tomar otro whisky con soda.”

Pensar en el whisky con soda fue demasiado.

—¡Hombre al agua! —gritó Standish, con la voz ronca por la sed. Después gimió como un niño quejoso. Cuánto más humano habría sido morir en el acto, mutilado por la hélice del *Arabella*. Un dolor rápido y agudo era, por lejos, superior a un dolor lento y sordo, y una muerte repentina más benévola que la infinita agonía de la esperanza vana.

De pronto se dio cuenta de que sus shorts azules y amarillos y su camiseta ajustada le pesaban demasiado. Empezó a arrancarse la ropa del cuerpo en un raptó de ira. Los shorts salieron con facilidad, pero tuvo que tironear con fuerza para rasgar la camiseta. Se agitaba como loco en el agua, intentando arrancarse los tiradores. Finalmente, de algún modo, se soltaron; estaba libre y desnudo. Estar desnudo fue una sensación nueva por la cual Standish se sintió momentáneamente agradecido. Durante un rato hasta estuvo cómodo en el agua. Pero luego comprendió aterrorizado que nadar desnudo siempre había sido un placer en su vida, algo relajante, perfecto para un caluroso día de verano. En el Club Atlético de Nueva York, en la piscina estrictamente para hombres con aquel olor a cloro, había nadado desnudo en muchas y agradables ocasiones. Ahora estar desnudo tenía un significado totalmente distinto, y el pensamiento lo hizo estremecerse y sentirse húmedo, frío y exhausto. Se había desnudado por completo como preparación para la muerte; era tan simple como eso. Los sepultureros desnudaban a sus víctimas antes de vestirlos para el entierro. Pero Standish había tenido que desnudarse solo, mientras todavía estaba vivo, y no habría entierro para él una vez muerto.

—¡Piensa en Olivia! —dijo Standish en voz alta.

“Olivia, tendido sobre el agua, hora tras hora, por momentos pensé las cosas más horribles. Pero cuando las cosas se ponían muy negras yo cerraba los ojos y veía una imagen tuya y de los niños. Y nunca, en verdad, perdí las esperanzas.”

De sus ojos semiciegos y ardientes brotaron lágrimas inmensas. ¡Era una historia magnífica para contar, si solo pudieran rescatarlo! El mundo necesitaba aquella historia: un relato de coraje frente a la clase más elemental de desastre; un relato de esperanza alimentada por un corazón fuerte.

Su voz se alzó en un desierto de agua:

—¡Escúchenme! ¡Por favor, que alguien me escuche!

Pero, por supuesto, no había nadie allí para escucharlo, y la falta de

público fue para Standish la broma más maligna de todas.

VIII

AQUEL DÍA LA CENA, SERVIDA PUNTUALMENTE A LAS CINCO, fue un gran éxito. Para empezar hubo sopa de almejas, seguida de arenque a la plancha, costillas de cordero, pavo asado relleno de castañas, ensalada rusa y ensalada de remolacha, papas al horno, coliflor, pastel de manzana, *marrons chantilly*, queso, frutas, café y té. La comida no era en absoluto extraordinaria —el cocinero era un hombre de mediano talento—, pero sí sabrosa, nutritiva y abundante. Era todo lo que se necesitaba a bordo del *Arabella*. En un mar así de calmo, con aquel espléndido desfile de cielos que alucinaban los sentidos, no hacía falta estimular el apetito. Para decepción del camarero, nadie había pedido un solo cóctel o whisky con soda antes de la cena —ni siquiera el señor Standish—; mientras ponía las mesas, le comentó al cocinero que nunca antes había navegado con unos pasajeros tan aburridos.

Los niños de la señora Benson tenían tanta hambre que comieron la cena en relativa calma y establecieron el récord histórico de no retorcerse en sus sillas. El señor y la señora Brown nunca habían conversado sobre cómo la contemplación continua de las glorias de Dios suele abrir el apetito, pero bien podrían haberlo hecho, ya que se aplicaba perfectamente a su caso. Nat Adams siempre había tenido muy buen apetito, ahora incrementado por el hecho de que había pagado el viaje por adelantado y cada bocado que comía salía en gran parte del bolsillo de la compañía; de todos modos, siempre le había gustado el pavo asado relleno de castañas. Los oficiales e ingenieros estaban famélicos como de costumbre, y no hablaron mucho durante la cena. Uno por uno se levantaron de la mesa del festín (excepto el señor y la señora Brown, que se levantaron juntos) y fueron saliendo del comedor para subir a

la cubierta, eligiendo después, cada uno, su lugar favorito para hacer la digestión y ver bajar el sol.

Mientras tanto el capitán, enojado, registraba el barco con el señor Prisk pisándole los talones. En un principio, se había irritado; más tarde comenzó a enfadarse y, al descubrir que la noticia que le llevaba el señor Prisk era cierta y que Standish realmente no estaba, su furia ya no tuvo límites. De vuelta en la intimidad de su camarote, insultó y maldijo al señor Prisk por no haberle comunicado antes sus sospechas. Lo amenazó con toda clase de espantosos castigos, dijo que le quitaría la licencia, que le pondría los grilletes y lo mandaría a la cárcel cuando el *Arabella* llegara a Panamá. El señor Prisk aceptó con el mayor estoicismo el ataque de furia, entendiendo que era una tradición del mar que el capitán profiriera todos esos exabruptos en una situación así. El capitán Bell no cumplió ninguna de sus amenazas, y el señor Prisk todavía trabaja con él, aunque en otro barco y otro mar.

Finalmente, indignadísimo, el capitán decidió convocar a todo el personal en el comedor para interrogarlo. El señor Prisk se retiró aliviado, maldiciendo por lo bajo. Dirigiéndose por separado a cada pasajero, oficial y miembro de la tripulación, decía con suavidad: “Por favor vaya al comedor. El capitán Bell tiene algo que anunciar”. Aunque intentó hacer su tarea con el menor dramatismo posible, produjo una gran excitación. En un barco cualquier incidente adverso es bienvenido, y en quince minutos estuvieron todos reunidos en el comedor, cuchicheando alegremente. Nadie tenía la menor idea de por qué se los había convocado, ni siquiera los oficiales o los ingenieros, lo cual hacía que todo fuera más misterioso. Por unos momentos revolotearon los rumores más extraños, como que había en el *Arabella* una peste mortal, o que se acababa de recibir la noticia de alguna calamidad en los Estados Unidos, tal vez un terremoto devastador. En medio de la agitación, ni una sola persona notó la ausencia de Standish. El rumor de las voces fue aumentando hasta convertirse en potente zumbido, pero cesó casi de inmediato cuando el capitán hizo su teatral aparición alrededor de las seis de la tarde.

Tenía un gesto severo y los labios apretados cuando avanzó hasta una mesa en un rincón, desde donde podía dirigirse a todos. Miró a su alrededor con gran autoridad durante un largo momento antes de hablar.

—Damas y caballeros —dijo el capitán—, el señor Standish ha desaparecido.

El efecto que causaron sus palabras fue verdaderamente extraño; hubo una especie de exclamación sofocada, luego un silencio compartido y por último un súbito desencadenamiento de voces por todas partes. La velocidad con que captaron el anuncio demostró que casi todos sabían que Standish había estado ausente ya por varias horas, pero sencillamente se habían abstenido de volver a pensar en eso. La mayoría confirmaba una inquietud inexplicable que yacía escondida en cada uno; ahora que alguien lo había dicho, se asombraban de que nadie, antes, hubiera sacado el asunto a la luz.

El capitán Bell levantó la mano.

—Por favor, por favor —se hizo silencio—. Por lo que sabemos hasta ahora, el caballero fue visto por última vez alrededor de las cinco de la mañana. ¿Alguno de ustedes (por favor piénsenlo bien) ha visto al señor Standish después de esa hora?

Hubo un silencio profundo. El capitán se aclaró la garganta.

—Señor Brown, creo que usted le dijo a la señora Benson, alrededor de las diez, que había visto al señor Standish en la biblioteca cerca de las nueve y media.

La voz del señor Brown fue suave y solemne.

—Sí, así es, capitán, pero estaba equivocado. Le expliqué al señor Prisk hace varias horas que era al señor Adams a quien vi en realidad en la biblioteca. No puedo entender cómo fue que confundí a ambos hombres. Me temo que estaba concentrado en otros asuntos.

—Está bien, todos cometemos errores —dijo el capitán Bell—. Pero solo quiero estar seguro. Señor Adams, usted estaba en la biblioteca cerca de las nueve y media, ¿verdad?

Nat Adams estaba aturdido.

—Sí, señor, entré unos minutos. ¡Las cinco de la mañana! ¡Son trece horas...!

—Sí —dijo el capitán Bell, con pesimismo—. Trece horas. Pero por favor, les pido a todos que lo piensen bien. ¿Ninguno recuerda haber visto al señor Standish después de las cinco de la mañana?

Ninguno lo recordaba. Casi todos se sentían mareados y confusos. El capitán Bell comprendió que era inútil seguir interrogándolos; estaba claro que el cocinero era el único que había visto a Standish a las cinco, y nadie más lo había visto después de eso.

—Gracias —dijo finalmente el capitán—. Tendremos que dar la vuelta e

ir a buscar al señor Standish. El *Arabella* llegará a Panamá con al menos un día de retraso.

El capitán estaba tan furioso que le costaba controlarse delante de los pasajeros. Salió del comedor dando grandes pasos y subió hasta el puente. Ordenó dar la vuelta y regresar en dirección a Honolulu. Le ordenó al tercer oficial que preparara los reflectores del puente para usarlos a la noche, y ordenó que toda la tripulación se mantuviera cerca, aunque sabía que en realidad no había nada que hacer. Lo exasperaba hacer todo eso, pero sabía que tendría que montar el numerito de la búsqueda por al menos doce horas; como mínimo hasta la mañana. Eso significaría todo un día perdido. Le costaría a la empresa unos quinientos dólares, justo cuando estaban esforzándose por economizar. Antes de retirarse airadamente del puente ordenó que movieran los reflectores hacia un lado y hacia el otro, para probarlos aunque todavía hubiera luz, y se dio cuenta de que serían tan útiles como encender un fosforito delante del sol.

En el comedor hubo un período de murmullo apagado, entremezclado con suspiros, chasquidos de lengua y débiles silbidos. Los oficiales, los ingenieros y el resto de la tripulación se marcharon a conversar sobre lo sucedido a sus habitaciones, y casi todos los pasajeros de pronto sintieron el deseo de estar solos. Hasta el señor y la señora Brown dejaron de buscar nuevos significados en el viejo *Christian Science Monitor* y se separaron. El cocinero se sentía avergonzado y triste; fue hasta la fatídica abertura y se quedó allí parado largo rato. Luego se estremeció, creyendo ver un horrible simbolismo en el hecho de haber tirado los huevos poché al mar desde ese mismo sitio. La reacción del pequeño Jimmy Benson fue insignificante si se considera la profundidad de su amistad con Standish. Miró el mar y trató de pensar en Standish en el agua, pero fue demasiado para él y el asunto no le hizo perder el sueño ni las ganas de comer su avena. El primer pensamiento del camarero fue que no recibiría su propina, y el segundo, que lamentaba no haberle birlado a Standish la corbata a lunares.

La señora Benson fue como en un sueño hasta detrás de un bote salvavidas, donde podía estar sola. El sol bajaba y aparecían, tenues, las estrellas. Ese momento siempre le recordaba a cuando en los cines se encendían gradualmente las luces; ir al cine sería lo primero, tal vez lo segundo que haría al llegar a destino. Contempló disimuladamente el mar. Allí estaba ella, segura sobre las amplias planchas de madera, y allá estaba el

señor Standish, en el agua. Era difícil de imaginar y más difícil aún de creer; y sin embargo sabía que así era. Además había sido un hombre tan amable y digno —sacó de su bolsillo un paquete de grageas de menta y se metió una en la boca, pensativa—, siempre una palabra bondadosa para con los niños, perpetuamente atento, todo un caballero en presencia de una dama. Le corrió un escalofrío por la espalda; un escalofrío pequeño pero suficiente para hacerle retroceder un paso del borde de la cubierta. Ese hombre guardaba algún misterio; ella lo había detectado desde el comienzo. Una cosa introspectiva, algo triste e intangible, impregnaba su ser. Por las pocas palabras que le dijo las pocas veces en que estuvo expansivo, ella pudo adivinar que era infeliz, aunque no supo por qué. Pero semejante forma de suicidarse, saltar al mar sin decírselo a nadie, estaba más allá de su comprensión. Había cosas que podían imaginarse, y otras cosas que no. A la señora Benson le resultaba imposible concentrarse en un hombre a la deriva en el océano. Mordió la gragea de menta y la masticó hasta que le quemó la lengua.

Nat Adams estaba tan afligido por todo el asunto que se sirvió otro vaso de limonada, siempre disponible en el comedor. No dejar siquiera una nota explicativa; era increíble. La tomó lentamente, haciendo circular la acidez por la boca, y tragó a regañadientes, pensando qué diferente habría sido todo si hubiera golpeado la puerta de Standish después del desayuno. Podría haber golpeado una segunda vez y una tercera, y bien podría haber descubierto la ausencia de Standish durante la mañana, cuando todavía había cierta posibilidad de dar la vuelta y encontrarlo. Bajó hasta su punto favorito en la cubierta y se quedó contemplando el mar y las estrellas que se materializaban en el cielo. Superaba su imaginación. No se podía pensar en aquella vastedad y al instante siguiente pensar en un insignificante bultito humano allí perdido. Una cosa era tanto más grande que la otra; la mente humana sencillamente no podía lidiar con las dos a la vez. Nat llenó su vieja y enorme pipa y le dio unas pitadas, estoico, la cara como una máscara marchita. Había una clave para explicar el suicidio de Standish; en algún remoto lugar de su mente tenía una clave. Sintió que debía encontrarla. Nat escupió en el mar. Se le ocurrió de repente; algo que Standish había dicho durante una conversación ociosa, hacía casi una semana.

“Lástima que no se pueda vivir así para siempre; estar feliz sin tener que pensar por qué”, había dicho Standish lentamente, contemplando la puesta de

sol. Esa era la clave. Nat apisonó el tabaco y salió apurado hacia el comedor; tenía que contárselo a alguien; tal vez le respondieran con otras declaraciones de Standish que, reunidas, dieran forma al mosaico.

En el castillo de proa Bjorgstrom, el marinero finlandés, se sentía tranquilo y al mismo tiempo desdichado; más aun que su buen amigo Gaskin, parado a su lado en el puente y listo para manejar uno de los reflectores. Bjorgstrom tenía buena vista; una vista más aguda que la de cualquier otro marinero vivo, aunque no le gustaba jactarse. Si hubiera habido esperanzas de encontrar a Standish, Bjorgstrom se habría parado en el extremo del castillo de proa en medio de una tormenta tropical, perforando el océano con aquellos ojos. Habría dejado que lo ataran al mástil... si hubiera habido esperanzas. Pero Bjorgstrom pensaba que no había esperanzas; su criterio de marinero le decía que Standish había desaparecido hacía demasiadas horas; solo por milagro podrían encontrarlo. No solo el tiempo le iba en contra al hombre; estaba la corriente, que lo alejaba del recorrido del *Arabella*. Bjorgstrom suspiró, se levantó y fue hacia la cubierta de popa. Se quedó allí parado, con un overol sucio, mirando la estela espumosa del *Arabella* disolverse en la noche. Standish era un buen hombre; Bjorgstrom lo había identificado como un buen hombre desde el primer momento. En ese sentido, Bjorgstrom era peculiar; evaluaba a los pasajeros el primer día de viaje y luego nunca cambiaba su opinión, aunque en realidad no tuviera importancia ya que sus caminos nunca se cruzaban. A Standish lo había calificado de inmediato como un buen hombre; es decir un hombre que era bueno con su madre y le mandaba dinero a su mujer para los niños. Bjorgstrom pasó varios minutos preguntándose cómo habría perdido Standish el dinero que lo obligó a suicidarse. Probablemente en la bolsa de valores, decidió con vaguedad. Así era como solía pasar; eres rico, de pronto pierdes todo tu dinero en la bolsa, seguramente por culpa de aquel sinvergüenza de Ivar Kreuger, y entonces te persiguen y te arrestan. Dishonrado, huyes de tu familia, pero finalmente te enteras de que la policía está por alcanzarte, y entonces te matas. Lo sorprendía lo consistente que era el patrón de vida de caballeros como Standish. Él, por su parte, jamás moriría de esa forma. Era imposible ponerlo en palabras, pero tenía cierto respeto por el mar; ante él se sacaba la gorra. El mar era una persona extraña con toda clase de ideas extrañas, peor incluso que él mismo cuando se emborrachaba. Los navegantes navegan por el mar y el mar dice está bien, pero no se proponen. Con calma; ustedes por su lado y

yo por el mío. Una vez, Bjorgstrom había trabajado en un barco de pasajeros estadounidense que hacía el trayecto entre Nueva York y La Habana. Pero renunció después del primer viaje, aunque realmente necesitaba el empleo. Aquella gente frívola con sus cócteles y sus bailes a la luz de la luna no tenía ningún respeto por el mar. Creían que Dios había hecho el mar para entretenerlos, mientras que todo marinero sensato sabía que Dios lo había hecho para transportar discretamente mercancía de un continente a otro. Como resultado, el mar se irritaba y de vez en cuando les recordaba su arrogancia, quemándolos en un incendio a bordo, congelándolos en el paso del Noroeste o reventándoles los sesos contra olas de un kilómetro de alto. Y era gracioso lo fácil que le resultaba al mar ponerlos en su lugar, más fácil que para un elefante pisar una hormiga. Por eso, pensó difusamente Bjorgstrom, los marineros no se bañaban más de lo necesario. Todos esos ignorantes que no entendían el mar creían que los marineros eran sucios por naturaleza; era solo que no querían ponerse demasiado mar encima. Ya lo tenían suficientemente encima sin bañarse; la bruma siempre les soplaban en la cara y en climas tormentosos las olas se encaramaban sobre la cubierta. El mar estaba todo a su alrededor excepto arriba, y Dios era igualmente errático; como en el caso del mar, nunca se sabía qué iría a hacer. Si el mar así lo deseaba, podía darte un baño en aquel mismo instante —un baño largo—, así que ¿para qué exagerar con el tema? Pobre hombre, pensó Bjorgstrom. Pero después de todo, si Standish quería suicidarse, era asunto suyo. En cuanto a él, volvería al castillo de proa y trataría de escribirle una carta a su madre, que seguía en Finlandia.

Nat Adams entró en el comedor —como siempre que estaba excitado, le molestaban los dientes postizos— y encontró a la señora Benson, el señor Travis y el señor y la señora Brown allí sentados en un ambiente de respetuosa tristeza. El señor Travis, jefe de máquinas, había hecho todo lo que estaba a su alcance, lo cual equivalía a hacer girar el *Arabella*. Su interés casi obsesivo por la maquinaria y la eterna necesidad de mantener todo aceitado habían recubierto su alma de cinismo en relación con los asuntos humanos; la ausencia de Standish no lo afectaba de ninguna manera en especial. Pero en cierto punto le parecía que correspondía a su posición demostrar un poco de preocupación; así que renunció de mala gana a su partida de bridge por el resto de la tarde y decidió sentarse a penar junto a los pasajeros hasta que todos decidieran irse a la cama.

El señor y la señora Brown estaban en un dilema sobre más de una cuestión. El error sobre el hombre de la biblioteca —incluso ellos habían dejado de pensarlo como una mentira descarada— les había dejado un sabor amargo, aunque no lo admitieran el uno ante el otro. La señora Brown sabía que su marido había mentido; eran tan cercanos que no podía engañarla. Pero con la misma lógica, eran tan cercanos que la mentira era tanto suya como de su marido; en cualquier caso había sido dicha tanto por su bien como por el del señor Brown. El efecto general del error había sido conferirle al señor Brown más protagonismo en el caso de Standish que a ninguna otra persona del *Arabella*, a excepción del cocinero. Se había visto obligado a decir, varias veces y a diversas personas: “Podría haber jurado que era el señor Standish, pero después, reflexionando bien, comprendí cómo me había equivocado. El ojo es en verdad engañoso cuando la mente está ocupada en otras cosas”. No es que nadie sospechara que el señor Brown había mentido; era solo el desagrado de tener que controlar la lengua en un tema que debería haber sido de conversación irrestricta; y, por supuesto, había también cierto remordimiento, ya que no podía evitar pensar que, si no hubiera proferido la mentira, tal vez la señora Benson habría buscado a Standish, descubriendo así su ausencia. Sin embargo, aquello era demasiado rebuscado, y el señor Standish no llegaba exactamente al punto de reprocharse y pensar en él como en un despiadado asesino. Había otra cuestión que era un dilema aún mayor. No tenían forma de saber si Standish estaba vivo o muerto; de lo único que estaban seguros era de que había intentado suicidarse. Si a pesar de su intento de suicidio todavía estaba vivo, podían rezar por su rescate y salvación. Pero si estaba muerto, lo cual parecía probable, se había quitado la vida, lo cual no podía ser moralmente aprobado bajo ninguna circunstancia. Un pecador que podía ser salvado vaya y pase, pero un pecador que, a causa de la muerte resultante de su propio pecado, estaba más allá de la salvación se encontraba en uno de los escalafones religiosos más bajos que el señor Brown pudiera imaginar. Sabía que los demás esperaban que ofreciera una plegaria; de hecho, sabía por su larga experiencia entre los chinos paganos que la idea los aterrorizaba; pero el desconcertante problema lo tenía tan perplejo que no le permitía hablar.

A este grupo se sumó Nat Adams. Tomó asiento, acomodando la espalda en el sillón. Lo saludaron con graves inclinaciones de cabeza y bajaron respetuosamente los ojos, continuando con el silencio de antes de su llegada.

Pero a Nat no lo iba a amilantar el silencio; su descubrimiento le consumía la mente.

—Ay, pobre hombre —dijo Nat—. Nunca pensé que pudiera hacer algo así.

La señora Benson se revolvió en su silla. Ya habían tratado el asunto varias veces.

—Me descompongo de solo pensarlo, señor Adams.

Nat miró solemne y tenazmente al señor y la señora Brown y al señor Travis.

—Me pregunto por qué lo hizo —dijo.

El señor Brown dijo con voz cortante:

—Aparentemente algún pesar secreto fue demasiado poderoso como para su alma.

No aprobaba el giro de la conversación; los otros lo notaron en la brusca severidad de la cara de su esposa.

Pero Nat persistió. Cruzó las piernas, se adelantó un poco en su sillón y dijo, como en un ensueño:

—Es extraño, señora Benson, pero me acabo de dar cuenta de que el señor Standish estuvo pensando todo el tiempo en eso, mientras nosotros pensábamos que estaba contento. Hace solo una semana me dijo: “Adams, lástima que no se pueda vivir así para siempre; estar feliz sin tener que pensar por qué”.

La señora Benson tenía los ojos húmedos.

—Tenía algo triste; una tristeza tan agradable... Pero nunca pensé que fuera grave.

—A veces los hombres son misteriosos —dijo el señor Travis, con la sensación de que tenía que decir algo.

Nat se puso la mano en el mentón.

—Me pregunto qué habrá querido decir. Me pregunto... ¿era casado?

—Sí —dijo la señora Benson—, claro que sí. ¿Nunca le contó de sus dos hijos, que están en Nueva York?

Nat levantó la mano.

—No me refiero a eso. Sí me habló de los hijos. Lo que digo es... ¿ahora estaba casado? Para mí debía tener algún problema con su señora.

Los ojos de la señora Benson brillaron de repente.

—¡Sí, señor Adams, sí! Por supuesto. ¡Qué ciega estuve al no verlo! Hace

unos días, el domingo pasado después de la cena, le estaba contando sobre el señor Benson, lo bien que nos llevamos, sabe usted; y ¿qué me dijo? Me miró de una manera rara, triste, y me dijo: “Sí, señora Benson, estar felizmente casado facilita las cosas, ¿verdad?”. —Hubo silencio después de sus palabras y se apresuró a explicarlas—: ¡Fue la forma en que lo dijo! Su voz escondía algo; me envidiaba, pero de una forma amable.

—Siempre le estaba escribiendo cartas —dijo el señor Travis—. Hace un rato no más ayudé al patrón a cerrar su baúl y guardar sus efectos personales. En el escritorio había una carta para ella. Estaba cerrada —agregó rápidamente—. Vive en Central Park West. Es un barrio elegantísimo. Amantes ilegales y todas esas cosas, según dicen —concluyó débilmente, cuando notó que la señora Brown lo observaba.

Nat movió la cabeza a uno y otro lado, abatido.

—Me pregunto cómo se va a poner cuando se entere.

—Ninguna mujer se merece tanto —dijo el señor Travis, y lo lamentó al instante—. Exceptuando a las presentes.

Pero nadie se rio.

Las palabras escaparon veloces de la boca de la señora Benson:

—Tiene toda la razón. Ninguna mujer merece que se muera por ella. Pero no voy a defender a mi sexo: hay mujeres buenas y malas. Debe haberlo tratado muy mal para llevarlo al suicidio. Apuesto a que puedo adivinar qué clase de mujer es la señora Standish: una mujer fría como el hielo, sin corazón. Seguramente flirteaba con el primero que se le cruzara, y finalmente se fue con otro.

—Pero aun así —interrumpió Nat, agitado—, ¿acaso yo o alguno de los hombres de esta sala saltaríamos de un barco en el medio del océano a causa de una mujer?

—Había niños —dijo la señora Benson—. Y el señor Standish era un hombre tranquilo y hogareño; eso se veía enseguida. Parecía tan perdido viajando por ahí. Debe haber sentido que su vida se quebraba cuando su mujer huyó con ese gigoló; debe haber hecho este viaje para olvidarlo todo; pero supongo que no pudo lograrlo.

Nat tenía los ojos tristes.

—Siempre tenía un aspecto demacrado; como si tuviera hambre.

—Era desgraciado —dijo la señora Benson—. Sufría amargamente. ¡Pobre señor Standish!

Ahora la noche caía rápidamente; pronto los reflectores estarían revoloteando sobre el océano. El *Arabella* suspiraba sobre el azul cerúleo, como si sus huesos fueran reacios a volver después de haber avanzado tanto en una dirección. El capitán Bell recorría la alfombra verde de su camarote, balbuceando indignado. En el castillo de proa los hombres estaban en silencio; había un enojo huraño en sus miradas, como si le reprocharan al ausente señor Standish haber arruinado el tenor uniforme del viaje. El operador de radio ya había enviado un breve mensaje a las oficinas de la compañía en Panamá, notificándoles la catástrofe; pero al capitán le había parecido prudente no enviarle ningún mensaje a la señora Standish hasta estar seguro de que era imposible rescatar a su marido. Él ya estaba convencido, pero quería convencerse sin sombra de duda; quedaría como un gran idiota si enviaba el mensaje y luego, por alguna casualidad, lograban encontrarlo.

El tercer oficial de máquinas, un tipo joven y despreocupado, entró al comedor y le dijo al camarero:

—Whisky con soda. —Luego miró al señor Travis—. ¡Bugsy acaba de hacer un grand slam!

—¡Bugsy! —Travis se levantó y, con los ojos brillando de incredulidad, abandonó bruscamente el grupo, dejándolo además en desconocimiento acerca de la identidad de Bugsy.

El viejo Nat se quedó allí sentado, reflexivo, tratando de pensar en Standish, pero pequeñas y extrañas ideas se colaban en su mente contra su voluntad: cosas que le había dicho a su mujer antes de que muriera, hacía muchos años; la vez que se había caído de un carro de heno, en la adolescencia. La señora Benson suspiraba, pacífica y afable, y el señor y la señora Brown estaban perdidos en un mundo de abstracciones religiosas.

—Bueno —dijo inesperadamente la señora Benson—, al menos tuvo una muerte rápida.

El señor y la señora Brown se pusieron a mover los labios, rezando al mismo tiempo, pero nadie pudo descubrir si rezaban por la señora Benson o por el señor Standish. El tercer oficial de máquinas puso un disco en el gramófono y pronto un trío de chicas entonaba una inocente cancioncita, algo sobre un amor frustrado.

El señor y la señora Brown se levantaron repentina y simultáneamente.

—Vamos a dar un paseo por cubierta y a mirar las estrellas —le dijo el señor Brown a la señora Brown.

—Sí —dijo la señora Brown—, vamos.

IX

“*E*STABA TENDIDO EN EL MAR Y ME DOLÍA LA ESPALDA y tenía la lengua pegada al paladar.”

Standish pensaba en el día en que llegara a Panamá a bordo del *Arabella* y los periodistas lo rodearan para preguntarle qué se sentía al quedarse varado tanto tiempo en el mar. Habría tantos que él sugeriría que fueran al comedor.

“Vamos al comedor para estar más cómodos”, murmuró Standish.

“*Vamos.*”

Después trató de recordar el nombre de aquella chica de alta sociedad que tropezó en las escaleras la noche de su debut. Se devanó los sesos pero nunca llegó al punto de recordar el nombre, que era (y sigue siendo) Adelaide Van Devander. Pensó en esa y otras cosas al azar, porque vio que el sol estaba bajando. Eso sí que era raro; cuando el sol estaba alto parecía que tardaba horas en moverse un centímetro, pero una vez que se acercaba al horizonte se zambullía a tremenda velocidad hacia la línea fatal.

Cuando el sol cruzara aquella línea, oscurecería. Tomar aire era una tarea imposible y todos sus músculos se habían forzado más allá de la resistencia humana. De golpe Standish comprendió algo trágico: la gente no piensa realmente en la muerte hasta que la tiene justo encima. Varias veces en las últimas horas se había serenado, por así decirlo, para proyectar sus pensamientos, reverentemente, hacia el tema del más allá. Pero con el único resultado de que su mente le hiciera unos trucos horribles, retorciéndole las ideas hasta que volvía a obsesionarse con la posibilidad de ser rescatado. Sin embargo ahora sintió que en su cerebro se producía un cambio sutil. Standish determinó que el cambio tenía sus raíces en el inevitable accidente que había

sucedido hacía diez minutos. Mantenerse a flote se había convertido en una acción refleja; inspiraba y exhalaba monótonamente en los momentos adecuados, siempre manteniendo la nariz una mínima fracción de centímetro por encima del agua. Pero hacía diez minutos el agotamiento había provocado un desliz. Había dejado que la nariz se metiera bajo el agua y, sin pensarlo, había empezado a inhalar. Había inhalado mucha agua y por unos pocos instantes de pánico había tosido y escupido su terror en el mar. Exhausto, se había vuelto a tender sobre el agua, pero fue ese el comienzo del cambio sutil, que le permitió, ahora se daba cuenta, pensar un poco más consistentemente en la muerte.

A través de unos ojos semiciegos, Standish miró la puesta de sol. El sol parecía decir: “Voy a ofrecerte un espectáculo como nunca has visto”. El sol parecía inflar el pecho y alardear de su esplendor, declamando: “Mira cómo creo vetas en el cielo con este violeta. Aquí tienes una veta de delicado rosa de mil kilómetros de largo. Y he aquí una mezcla de colores para la que el hombre no tiene palabras, salvo decir que es preciosa”.

Standish notó que el oleaje se estaba volviendo un poco más fuerte. Sintió que un horrible escalofrío le recorría el cuerpo azul y adormecido. Bueno, Olivia estaría bien cubierta por el seguro y una participación en la empresa de Pym, Bingley & Standish; o tal vez pasaría a ser Pym & Bingley después del período convencional de duelo. Sospechaba que así sería, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Los niños eran bastante pequeños para crecer sin padre, pero Standish imaginó que Olivia volvería a casarse después de un tiempo. Era hermosa y mantenía un aspecto juvenil, y no le tomó rencor por esa idea, ya que se le había ocurrido a él. Sin embargo, sería una molestia tener que dejar el departamento en Central Park West debido a su muerte, una costumbre que siempre le había parecido absurda. Y lo peor de todo era la semana, o tal vez el mes, de tristeza que pasaría Olivia cuando se enterara de su deceso. Lo irritaba pensar que Olivia sería desdichada por culpa de una mancha de grasa.

Pero de pronto pensó que al menos era un modo limpio de morir; el cuerpo estaría bien lavado, sin que tuvieran que tocarlo las manos pegajosas de un sepulturero. Era una forma dura de morir, pero al menos no incluía inútiles demoras en habitaciones de hospitales caros bajo una tienda de oxígeno. Realmente era un modo digno de morir, aunque cruel para los seres queridos, porque las circunstancias malograban la ocasión de derramar

lágrimas en el momento adecuado; tendrían que llorar espasmódicamente, sin saber si las lágrimas les hacían algún bien a sus propias almas. Era un modo solitario de morir, pero en eso no había mucha diferencia ya que todas las muertes, incluso la breve caída desde un techo, eran singular y completamente solitarias; en el final uno pensaba solamente en sí mismo. Era un modo noble de morir, también, debido a la extrema soledad. Pocos hombres, desde el principio de los tiempos, habían muerto exactamente de esa forma, así de solos. En un barco en el mar, el barco se convertía en el centro del universo; en el mar dentro del propio cuerpo, uno mismo se convertía en el nudo donde confluía toda la maraña terrenal.

Por primera vez fue capaz de pensar con claridad en lo desafortunada que había sido su caída del *Arabella*. Durante horas, tendido en el agua, se había reprendido por lo que consideraba una crasa estupidez. Le parecía que nunca podría perdonarse por no haber logrado llamar la atención de sus compañeros de barco inmediatamente después de haber caído por la borda. Pero ahora comprendía lo inexorable que se ponía la naturaleza en relación con cada vida. Con un poco más de potencia en los pulmones, pensó, habría estado sano y salvo en el barco en aquel mismo momento, probablemente digiriendo su cena y hablando con Nat Adams. Pero así era la naturaleza; te daba ciertas características con las cuales llevar a cabo tus batallas en el mundo, y con lo que te daba te las tenías que arreglar. Algunos tenían fuerza física, otros cerebro; algunos velocidad, otros resistencia. Los brutos y los cantantes de ópera tenían voces fuertes y profundas pero no servían de mucho en una oficina de corretaje. No importaba lo que se tuviera; con eso había que conformarse; ese era el punto. No podía uno devolverse a los dioses y obtener a cambio otro paquete. Y ahora Standish sabía lo que poseía. Una cultura mediocre, que incluía arraigadas afectaciones de aristócrata, y una mente que apreciaba las cosas más tranquilas, “más finas” de la vida. También un código de hierro: sé amable con los niños, inclínate ante las damas pero sin exagerar, camina en la calle del lado derecho y todas esas tonterías. Nada muy útil —más bien todo absolutamente inútil— para el nado marítimo, observó Standish; salvo esa parte del código que le proporcionaba lo que se conocía como voluntad férrea.

Pensar las cosas desde esa perspectiva lo hizo sentir mucho mejor, a pesar del dolor y la sed torturante. Ahora el sol era una bola de fuego corriendo hacia su cita del otro lado del mundo, debajo del horizonte. El pánico lo

agarró de los hombros cuando miró el sol. Ya se podía mirar durante varios minutos sin tener que bajar la vista. Standish se dio cuenta de que sus ojos, casi completamente ciegos, solo veían el sol poniéndose sobre el mar implacable.

—Trece horas a la deriva —murmuró—. A esta altura ya sabrán que no estoy, ¿verdad? Es lo razonable, ¿o no? Deben haber dado la vuelta para buscarme como mínimo hace cinco horas. El barco tiene reflectores. Pueden encontrarme de noche. ¡Tengo que ayudarlos a encontrarme!

El día se decoloraba de manera imperceptible, y aunque apenas veía pudo percibir el sutil cambio de color del océano y el cielo. La señora Benson iba camino a Panamá para encontrarse con el señor Benson; Nat Adams haría un placentero viaje por Centroamérica. Standish sintió que debía llegar hasta Olivia, aunque fuera para verla y hablar un momento con ella. El corazón le empezó a latir con furia, luego le produjo un terrible dolor en el pecho. Nunca antes se había comportado así; siempre había sido un buen corazón, un verdadero corazón, bien al fondo de su vida, haciendo su trabajo en silencio y a conciencia. Y ahora estaba terminando el día; caía la noche; y su corazón se quejaba de una carga insoportable.

Standish sonrió a hurtadillas. Los engañaría a todos, quienesquiera que fueran los responsables de aquello. Volvería nadando al *Arabella*. Volvería nadando aunque tuviera que nadar toda la noche, bajo el aterrador toldo de estrellas. Pasaría a ser el superhombre de todos los tiempos; los periodistas lo abrumarían en Panamá y en Nueva York y en cualquier otro lugar adonde fuera. “El hombre que nadó toda la noche en el inhóspito mar”, dirían los titulares. Le darían medallas a la valentía, a la resistencia, al coraje y a la esperanza siempre viva. Atletas famosos ofrecerían cenas en su honor; recorrería el país, victorioso. Tanto Pym como Bingley quedarían en segundo plano después de esa magnífica hazaña, y tendrían que aceptar con cortesía su inferioridad. Sus hijos crecerían orgullosos de su padre, especialmente Junior, que por ser hombre entendería.

—¡A contar! —gritó Standish, aunque casi no salió sonido de su garganta reseca—. A contar y a nadar. A contar y a nadar.

Después de orientarse enloquecidamente, se puso en marcha en dirección al *Arabella*. Resultó un gran alivio abandonar la posición flotante, y de inmediato la espalda le dolió mucho menos; tanto que se preguntó cómo no se le había ocurrido antes. “¡Uno, dos, tres, respira! ¡Uno, dos, tres,

respira!” Henry Preston Standish se abría paso en el agua, con una brazada de crol cuya excelencia habría regocijado el corazón del entrenador de natación del Club Atlético. Por momentos se sentía un pez, destinado desde su nacimiento únicamente a la vida en el mar; tan impecable era su avance a través de las aguas. Su cuerpo respondía a la tarea propuesta con una coordinación que asombraba y deleitaba a su mente. Los dedos en punta, las rodillas rígidas, las manos ahuecadas y la espalda arqueada. Mientras pateaba y movía los brazos como un molino, exhalaba suavemente por la nariz en la tercera brazada y, girando la cabeza, inhalaba rápidamente por la boca en la cuarta. Y su mente rebalsaba de orgullo por aquellos misteriosos poderes físicos. ¡Con semejante corazón y unos músculos tan fuertes, con semejantes indómitos pulmones, llegaría al *Arabella* aunque le llevara la noche entera! Cada vez que giraba la cabeza para tomar aire, veía el sol bajando sobre el horizonte; primero un esferoide, luego un semicírculo, luego una medialuna en tonos anaranjados. Le parecía que podría tocarlo si extendiera las manos, agarrarlo, subírsele encima y allí, sobre su amplio borde, poner a descansar ese cuerpo tremendamente agotado. El mar estaba en sombras, y Standish solo tenía conciencia de su cuerpo dolorido avanzando, veloz, por el mar, y de la bola anaranjada que se hundía delante de su cara.

De un instante para otro detuvo las frenéticas brazadas; se detuvo tan de golpe como si se hubiera dado la cabeza contra un muro de ladrillos que emergiera del océano. Era de noche; el sol había bajado; solo quedaba su débil aurora sobre el agua y las majestuosas nubes a su alrededor, resplandeciendo de colores prismáticos. Y cuando se detuvo, dejando que su cuerpo se desparramara en el mar, la idea lo golpeó, llenándolo de horrenda consternación. Había estado nadando en sentido equivocado. Con sus últimas fuerzas había estado alejándose, a toda velocidad, del *Arabella* en lugar de avanzar hacia él. Había estado nadando hacia la faz del sol, y el sol se ponía por el oeste; el sol siempre se ponía por el oeste. Pero el *Arabella* navegaba hacia el este, como lo había estado haciendo cuando cayó por la borda; hacia el este, hacia el sol que saldría la mañana siguiente. “¿Por qué hice esto?”, sollozó Standish, aunque nada salió de su garganta reseca. Sabía por qué. El sol era lo único a lo que aferrarse. Había olvidado que la Tierra había seguido girando durante aquellas trece horas en el mar. Ahora, incluso si el *Arabella* había dado la vuelta para ir a buscarlo, había dificultado más las cosas. Y no

tenía fuerzas para empezar a nadar de regreso. Y atardecía y pronto sería de noche. Ya era de noche; habían salido unas estrellas tenues, las estrellas del crepúsculo, y una sombra azul reptaba sobre aquel mundo funesto. A través de unos ojos irritados, casi completamente ciegos, Standish miró cómo salían las estrellas y escribían sus nombres en su dolorido corazón. Agónicos escalofríos le sacudían el cuerpo. Tenía los labios tan violeta como ese cielo cada vez más profundo; ese cielo majestuoso, sobrecogedor y solitario. Y ahora sabía que no había nada más horrible que ser el último hombre de un mundo plano, solo en el centro exacto de un círculo enloquecedor. La soledad allí era demasiado extrema como para que un ser civilizado pudiera tolerarla. Standish comenzó a morir. Se sintió morir, y le pareció bien. Recorrió como loco las aguas oscuras con sus ojos ciegos, buscando a tientas algún escombros al que aferrarse. Pero era solo un último gesto desafiante del Standish que quería vivir; el Standish moribundo tenía otras cosas que hacer. Alegre e insensatamente, hizo lo que tanto había querido hacer durante muchas horas. Se sumergió, abrió la boca y tragó, impaciente, mucha de esa agua salada y amarga. Bebía de a tragos enormes, como succionando, casi sin sentir el gusto amargo, hasta que supo que no cabía más agua dentro suyo; agua adentro y afuera y en el medio nada más que un conjunto de huesos, sangre y carne.

Al instante siguiente ya estaba horrorosa, lastimosamente arrepentido. El alivio de beber fue efímero; pronto tenía arcadas y se atragantaba con enorme sufrimiento. De pronto escuchó su propia voz graznar con un sonido inhumanamente ronco: “¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme!”. Y entonces sobrevino el primer calambre. Se dobló en dos a una velocidad irresistible, sorprendiendo al minúsculo segmento de su cerebro todavía capaz de observar con algún grado de objetividad lo que estaba sucediendo. Se dobló en dos y totalmente estupefacto descubrió que no podía enderezarse. Ahora estaba debajo del agua, forcejeando, pataleando, tratando de elevar hacia el cielo dos manos como garras mientras contenía penosamente el aliento. Por la fuerza comprendió que ya nunca se enderezaría; que moriría hecho un nudo. La noción lo golpeó como si un boxeador le hubiera incrustado un puñetazo en la mandíbula. Antes de saber lo que hacía, inhaló áspera agua salada. Le quemó el interior de la garganta cuando, con toda la energía que le quedaba en ese cuerpo exhausto, trató de expulsarla. Pero cuando comprendió que estaba atrapado, imposibilitado de subir a la superficie y por lo tanto

condenado a asfixiarse, súbitamente dejó de forcejear. Una sombría noción de futilidad se propagó por su mente, como si lo hubiera aferrado por el cuello una mano de acero que jamás aflojaría su apretón. Su cara pasó a ser una máscara de absoluta desesperación cuando, en un instante, vio y comprendió toda la irónica historia de su desgracia.

Habían sido las Parcas; no una Parca, porque contra una podría haber peleado, sino varias, y habían explorado el mundo con sus ojos de águila para finalmente fijar sus miradas en él: él solo entre tantos millones. A partir de ese momento no fue más que un ratón insignificante, al que las Parcas zamarreaban con poderosas garras de gato solo para entretenerse un poco, desplazándolo por un continente, mandándolo a San Francisco por el Canal de Panamá, luego a Alaska ida y vuelta, obligándolo a llamar de larga distancia a Olivia, en Nueva York, despachándolo a Honolulu y haciéndolo bajar al comedor del hotel justo cuando aquel desconocido —aquel hombre cuyo rostro Standish no podía recordar aunque todo lo demás lo veía con alarmante claridad— escuchaba al empleado de recepción hablar sobre el *Arabella*. ¡Qué divertido debía haber resultado para los ladinos gatos que eran las Parcas, y qué desopilante debía resultarles, ahora, verlo enfrentar la ineludible refriega mortal! Estarían todas en corro, inclinadas y mirando, susurrando: “Miren, fíjense cómo se le retuerce la cara y los ojos se le saltan de las órbitas. No se pierdan esto; esta es buena. ¡Ja! Trata de subir a la superficie; ajustemos un poquito más los calambres”. Qué orgullosas debían estar de aquella broma magnífica: obligarlo a subir al *Arabella*, hacer que le gustara levantarse temprano para ver salir el sol, esperar hasta el décimo tercer día y entonces poner una mancha de grasa debajo de su pie y empujarlo por la borda con manos invisibles. Era una marioneta; colgando, grotesco, sobre el escenario del océano Pacífico, y cuyas cuerdas llegaban hasta el cielo: todo para la morbosa diversión de las Parcas.

Standish sintió que lo ahorcaban; trágicamente supo que moría asfixiado, pero de un modo u otro no quiso hacer nada al respecto; no tenía interés en seguir luchando. Había perdido la batalla; ¿qué sentido tenía? Pero ya verían ellas. Se compondría y moriría con dignidad; no tendrían otra ocasión para reírse de él. Desenredaría las líneas de dolor que le cruzaban la cara y luego moriría tan valientemente que caería el silencio sobre el mundo entero. Y en medio de ese silencio quedarían las Parcas, abyectas, con la vergüenza chamuscándoles la espalda. Se borrarían de su rostro las sonrisas sabihondas

y el remordimiento les calaría hasta el hueso; y ya nunca podrían sacárselo de encima. De hecho, pensó Standish, estaba todo terriblemente calmo; no recordaba haber sentido semejante calma sepulcral en toda su vida. Un dolor súbito, agudísimo y avasallante se desplomó sobre su cuerpo, como si algún demonio le hubiera clavado un puñal en el cuello y le abriera la garganta con ferocidad, de oreja a oreja. Eso, pensó Standish con extraño desapego, debía ser su corazón despedazándose.

X

TODAVÍA NO ESTOY MUERTO, pensó Standish. Pero tampoco vivo; antes de irse y dejar a la deriva sus restos inertes sería mejor pensar en la vida que había vivido; no en los hechos comunes (reprimendas de su padre, volver a casa un día con la nariz sangrando, la chica esa del hotel francés, casi acaparando el mercado con pimientos verdes) sino en las cosas extraordinarias que habían sucedido en sus insuficientes treinta y cinco años. Y con cada pensamiento sentía una punzada en el corazón ya destrozado, una punzada de pesadumbre por no poder seguir, como haría otra gente, teniendo nuevas experiencias extraordinarias día tras día.

Lo más extraordinario era que su corazón hubiera estado latiendo por treinta y cinco años sin detenerse ni una sola vez para quejarse de aquella tarea ingrata e interminable. Nunca en todo ese tiempo se le había ocurrido lo importante que era el corazón; jamás se había puesto a pensar que, si su corazón así lo hubiera deseado, podría haberlo matado tiempo atrás simplemente decidiendo dejar de latir por una media hora.

Y era también extraordinario que nunca antes en toda su vida hubiera estado hambriento o sediento. De joven interpretaba la sed en términos de helado batido, y más adelante, cuando decía que tenía sed, quería decir que le gustaría tomar una cerveza o un whisky con soda. Pero el significado real de hambre y sed, tener hambre de pan y sed de agua, para él no había existido. Era raro tener que aprender tanto sobre la vida en un momento en el que verdaderamente no sabía si estaba vivo o muerto. Pero lo mismo había pasado con los cigarrillos, con la nicotina; nunca en sus diecisiete años de fumador había sentido el deseo de fumar un cigarrillo sin satisfacerlo. Era

francamente extraordinario, si se lo ponía a pensar, que toda su vida hubiera sido así, tener siempre lo que se deseaba y no desear demasiado. Equipamiento deportivo, bicicletas y patines en la infancia; buena ropa, viajes al extranjero y auto propio durante la adolescencia; dinero disponible en la universidad, los clubes a los que había que ir; más adelante un buen negocio, una buena mujer y buenos hijos.

Había tenido todas esas cosas, pero lo único que ahora deseaba intensamente no le era concedido. “Tuve todo sin tener que pedirlo —se dijo Standish, sintiéndose extrañamente frío y entumecido bajo el agua— y ahora no quiero morir, pero *eso* no lo voy a tener. Sé que no lo voy a tener. No importa cuánto lo desee, no importa lo que haga, hay un deseo que no será satisfecho.”

La idea lo acongojó y, mentalmente, frunció los labios haciendo un puchero infantil. Nunca más caminaría por Central Park con sus hijos un domingo a la tarde, pasando junto a otros padres, con una flor en el ojal. Le pareció increíble que el mundo pudiera seguir adelante sin que Henry Preston Standish viviera en él, y sin embargo tenía la fuerte sospecha de que eso era lo que el mundo tenía intención de hacer. Pero el mundo sería tremendamente desolado si él estaba bajo tierra en lugar de seguir sobre ella. Habría tantos huecos imposibles de llenar que Standish se preguntó cómo se las arreglarían. ¿Quién iba a sentarse en el sillón de su biblioteca a leer revistas casi todas las noches? Ese era solo uno de los problemas. Alguien tenía que sentarse en el sillón; no podía quedar para siempre sin un ocupante, porque los sillones estaban hechos para que la gente se sentara. Olivia no tendría el valor de sentarse en él; le traería demasiados recuerdos. Y por cierto no permitiría que otro hombre se sentara allí; eso sería un descaro y no iba con Olivia. Habría vacíos por todas partes y no sería su culpa. Un vacío en el bolsillo del ascensorista para Navidad, un vacío en la guía telefónica, un vacío en el membrete del papel de carta de la oficina. Hasta harían más vacíos en lugares innecesarios; le pagarían a alguien por borrar su nombre de la puerta de la empresa; el encargado quitaría su nombre del buzón. A cientos de tiendas y empresas que enviaban correspondencia pronto les llegaría el dato: “Saquen de la lista de correo a Henry Preston Standish; murió”.

Standish sacudió la cabeza tristemente sin sacudirla en absoluto. Había tantos lugares adonde solía ir, adonde para él era natural ir, que de ahora en más contendrían meros vacíos... La ciudad de Nueva York estaría salpicada

de espacios que no podrían ser llenados por nadie sino por el verdadero Henry Preston Standish; su armario del Club Atlético, el hueco de su cama, el interior de su esmoquin, por nombrar algunos. Solo el verdadero Standish podía llenar esos espacios; los que quisieran tomar su lugar serían tildados de impostores por su madre y su padre, Olivia y los niños.

Olivia, Junior y Helen... ¿cómo podrían arreglárselas sin él? Uno podía posponer la pregunta mientras no estuviera realmente muriéndose, pero en los últimos momentos se veía lo grave que era la cuestión. Había amado a Olivia y engendrado a los niños, y ellos eran conscientes del lugar que él ocupaba en sus vidas. Partirlos en dos era como separar a siameses; siempre morían ambos, aunque los médicos tuvieran la esperanza de que uno sobreviviera. Standish reconoció que ya antes habían muerto padres y maridos sin que eso afectara gravemente las vidas de sus mujeres e hijos, pero en seguida decidió, con bastante dureza, que él era diferente. Olivia y los niños se suicidarían al enterarse de su muerte. Era mejor así; mejor que murieran todos juntos. Entonces no se sentiría tan execrablemente solo en los pocos pasos que debía dar hasta su acuoso sepulcro.

Standish se dijo que se sentía como un tañido de campana. Fue aquel el primer señalamiento completamente irracional que recordaba haber hecho, y aun así no se sintió ridículo, porque así exactamente era como se sentía, como el tañido de una campana. Imaginó que si hubiera estado muriéndose en un hospital, con su familia reunida alrededor de la cama, nunca se le habría ocurrido algo así de fantástico. Pero estaba bien al fondo del océano, en la negrura total, y ya no respiraba; estaba lleno de agua, adentro y afuera, y se sentía extrañamente en paz, como si el tiempo se hubiese detenido. Y aquel primer pensamiento fantástico disparó otros que se agolparon en su mente; se parecía a una pesadilla blanda, ni agradable ni desagradable, que había experimentado en Nueva York una vez que había fumado demasiados cigarrillos antes de irse a dormir. Todos sus amigos, con las caras cómicamente desfiguradas, aparecían, se quedaban un minuto a sacarle la lengua y desaparecían mientras otros empujaban por entrar en la escena, haciendo muecas, inflando las mejillas y formando monstruos con los ojos y los labios. Pero no podían engañarlo; los reconocía a todos. “Vengan, vengan”, pensó Standish, sacudiendo un dedo imaginario. “Sé quiénes son; no soy ningún tonto. ¡Junior, deja de poner caras! ¡Sácate esa máscara, Helen! Olivia, por el amor de Dios... ¿qué te sucede?”

Pensó en su madre, su padre y sus hermanas: nunca volvería a hablar con ellos. Pensó en el *Arabella*, en la cara de Nat Adams sin sus dientes y en los pechos de la señora Benson botando en el traje de baño rojo. Rojo: Standish pudo ver el color con facilidad, y decidió que, por así decirlo, amaba a la señora Benson; si pudiera, le gustaría acostarse con ella. Pero veía las dificultades; por momentos olvidaba que era un hombre condenado y era sumamente molesto tener que recordárselo a sí mismo. Decidió que le gustaría acostarse con todas las mujeres salvo, quizás, con las esposas de Pym y Bingley, y tal vez establecer un récord histórico de lascivia antes de atravesar los últimos sacudones de la muerte. No había mujeres por allí, claro, pero podía haber sirenas. ¡Sirenas! Standish rio sin realmente reír. Todos sabían que las sirenas no existían, pero ahora no estaba tan seguro. Bien podrían existir las sirenas; bien podría existir un Padre Neptuno que surgiera del fondo del mar y lo pinchara con su cetro hasta quitarle el entumecimiento.

Standish sintió que se asfixiaba. Aquel mundo oscuro estalló de pronto en un grandioso despliegue pirotécnico. Brillantes cohetes verdes y amarillos explotaban ante sus atónitos ojos cerrados, salpicando su firmamento de líneas y puntos y gotas de vívidos colores. “Este es el fin”, pensó Standish, mirando el sibilante cohete rojo, el naranja, el índigo, el violeta. “Están haciendo todo este despliegue para despedirme. Es hermoso; es sorprendente; también es muy solitario.” Olivia y los niños deberían estar allí para verlo; los tomaría de la mano cuando los cohetes estallaran y juntos reirían salvaje, locamente. “Olivia y el lucero”, murmuró. “Dos niños ante un sol que se enfría.” Y se preguntó qué era lo que decía, qué significaban las confusas palabras que se arremolinaban en su mente. “¡Solo... solo! Nadie de quien despedirme. Solo conmigo mismo, mirándome morir...”

(En una zona tranquila de Westchester, Bingley se movía, inquieto, en su cama, soñando con un mercado de valores que se derrumbaba incansablemente, llevándose su fortuna en una avalancha de dólares arrugados. ¿Y quién era ese hombre con la máscara de la muerte, que agrandaba la avalancha? El empleado del hotel de Waikiki dejó de escribir en su bloc y observó, durante un largo rato, el oleaje que llegaba hasta la playa angosta. Esos tontos con sus tablas de surf intentaban llegar a la costa erguidos como emperadores romanos, pero la mayoría caía bochornosamente. No era seguro, pensó, no era para nada seguro; algún día alguien iba a

lastimarse. ¿Y cómo le estaría yendo a aquel hombre, aquel hombre a quien había despachado a bordo del *Arabella*? ¿Cómo era que se llamaba, en todo caso, y por qué le habría venido a la mente? En Nueva York Olivia se despertó de un sueño desquiciante; era la una y media de la madrugada y se sentó sobresaltada, intentando recordar qué había soñado; algo en relación con una caverna sin fondo, completamente oscura. Pero solo escuchó a la pequeña Helen sollozando en el cuarto de al lado, y se levantó a consolarla. Junior estaba en silencio, acostado en su cama, mirando la oscuridad.

—¿Madre? —dijo—. Que Helen pare de llorar.

Y hubo en la voz del niño un nuevo tono de autoridad. A bordo del *Arabella* el señor Prisk, de pie en el puente, miraba un meteorito surcar el firmamento y pensaba en lo débiles que eran los reflectores que Gaskin y otro marinero movían lentamente sobre el agua. El capitán Bell, en su camarote, sintió de pronto que amainaba su furia; de forma inexplicable, se sintió avergonzado de sí mismo. Miró su goleta de cuatro mástiles, pero no vio belleza en ella. El señor Prisk era un buen jefe de cubierta; no sería tan gruñón con él en el futuro, aunque, maldita sea, a aquellos tipos había que tenerlos a raya. El pequeño Jimmy Benson daba vueltas sin parar en su litera e inexplicablemente abrió los ojos en la semioscuridad para descubrir que su madre no estaba; iba de un lado a otro por la cubierta de botes, mirando las estrellas y deseando desesperadamente que le hicieran el amor. Seis días más hasta llegar a Panamá; podía esperar. El viejo Nat Adams se dio cuenta de golpe de que las pisadas de sus zapatos sobre la cubierta producían un sonido funesto, casi sin eco. “Tengo que conseguirme unas suelas de goma, como el señor Standish”, se dijo.)

Standish pensó que no habría dolor que pudiera igualar al dolor que sintió cuando se quebró su corazón. Desde el púrpura profundo las palabras le llegaron locamente melodiosas, arrastrándolo de vuelta hasta los brazos de su madre: “Eras solo pelusa y cuerpo tibio, un corazón latiendo desnudo ante mí y una voz afligida como el murmullo del agua predestinada a caer para siempre de una cueva a una cueva...”.



POSFACIO
El oficio de náufrago
por *Don Birnam*

I

EL OFICIO DE NÁUFRAGO TIENE BUENA REPUTACIÓN, por lo menos en literatura. En *El caballero que cayó al mar*, Herbert Clyde Lewis se las arregla para desafiar esa reputación en varios aspectos. Es un náufrago del que vamos averiguando cosas de a poco, por medio de un recurso que el autor dosifica con destreza insuperable: la retrospección.

La retrospección implica a menudo un corte sutil o abrupto y una cortesía adicional y, en este caso, una imprevista (aunque no imprevisible) metamorfosis: a medida que el personaje se va quedando solo en medio del mar, le va creciendo, como excrescencia (o excedente), una biografía. Henry Preston Standish es desde la primera línea del libro el caballero que cae al mar, pero solo a partir de que está solo con su billetera, y el *Arabella* cada vez más lejos, empezamos a saber quién es o qué, como si el autor tuviera una consideración especial para añadir la presencia del pasado en este presente absoluto, metódico, sin fisuras ni grietas de naufragio. Ya no queremos saber otra cosa que la que se nos cuenta.

Por momentos, pareciera que la causa del accidente de Henry Preston Standish, en el instante preciso en que leemos, fuera el exceso de pasado, un equipaje en apariencia intangible. El resultado que produce una inmersión inversa, la inmersión en el océano individual de cualquier sujeto, por plano que resulte el personaje, es una *mise en abîme*. Herbert Clyde Lewis trabaja con los derrelictos mejor seleccionados de la literatura de naufragios, y convierte la caída y/o la pérdida de un solo hombre en un descenso por el

malström de la identidad. Los antecedentes literarios obvios Verne y Poe no nos ayudan porque, aun si Poe indagó con brújulas notables los laberintos de la subjetividad y Verne, con instrumentos distintos, las convenciones para delinear escuetamente una biografía, ambos resultan ingenuos y exteriores. Los aspectos de la vida del hombre sedentario, sus conflictos y disputas con afines, sus suministros y sumisiones, su aburrimiento, su espanto caben con apuro en un capítulo. Ahora bien, es un capítulo pleno como los otros pero tan arbitrario temáticamente que el caballero Henry Preston Standish adquiere un peso descomunal, desmesurado, como si en medio de una novela —el océano— hubiera caído —el hombre— un personaje de cuento. Gravedad y gravitación se empecinan y desplazan, en el sereno y sucesivo traslado de un género a otro, de una superficie a la siguiente. Sin la adición de humillantes comillas, la realidad de *El caballero que cayó al mar* empieza a invadir la que el lector habita cómodamente. Termina adquiriendo una dimensión exclusiva: la realidad del naufragio de la novela breve es *toda la realidad*. En efecto, la acumulación transmite la certeza paulatina de que lo imposible, por una economía misteriosa, *es lo que está ocurriendo*. Vale decir, al hundimiento físico, biográfico, espacial de Henry Preston Standish corresponde otro: cronológico, biográfico, temporal. En esa variedad histórica de coloración distinta —la tragedia personal— se consolida este relato que precede solo en pocos años la tragedia colectiva, la Gran Guerra de 1939. No es fortuito que *El caballero que cayó al mar* fuera uno de los textos elegidos para distribuir entre los soldados movilizados durante el conflicto. Se asistía al gran naufragio de la civilización occidental con un naufragio portátil, económico, a medida, una mezcla de amuleto y misal.

De acuerdo con el ensayo imprescindible de Walter de la Mare sobre las islas desiertas, todo naufragio exige encontrarlas; uno de los desafíos de Herbert Clyde Lewis consiste en desobedecer este mandato. Para hacer valer la desobediencia, Herbert Clyde Lewis multiplica la ordalía y, en resuelta ofensiva al *dictum* de John Donne —*No man is an island*—, sobre el que la literatura urdió tantas trampas y beaterías, establece que la única isla del naufragio de un hombre solo es un hombre solo. Parece afirmar de paso una sentencia igualmente tajante pero más solícita, de Auden: “Esta roca es el edén, naufraga aquí”.

Aunque *El caballero que cayó al mar* está escrita con una maestría incomparable, su autor no puede ni lejanamente ser considerado un estilista. Exenta de solecismos y de otras faltas graves, la novela abunda en descuidos y no se priva de ripios ni redundancias. En esta prosa apurada puede ocurrir todo lo que ocurre porque es un prodigio de ritmo y constancia, de sutileza y sobrentendido. El perseguidor de crepúsculos que pierde su barco en el océano Pacífico, a los doce grados de latitud norte y a los ciento ocho de longitud sur, abusa de un oído muy fino para las tonalidades sociales que ha tenido la suerte de detectar: sabe suavizar la estridencia aerófona de su laringe hasta adquirir la dulzura de un glissando de violoncello. Parece, en definitiva, una percepción prestada. Herbert Clyde Lewis auxilia aquí a Henry Preston Standish. Y también lo ha provisto de destreza epigramática que, por lo demás, la sintaxis apretada de esta *nouvelle* sin cálculo ciñe y precipita. “La única diferencia entre un beso y esa clase de mordida era la fugacidad del primero.”

Lo más físico de todo libro es la sintaxis, y la de este, cuyas sístole y diástole se adecuan tan bien al corazón —órgano a secas, músculo hueco— de cualquier lector, resulta visible y admirable como un bello cuerpo. Por el ojo de buey de las pequeñas circunstancias, el hueco de la observación feliz completa la visión parcial para que el viaje sea una aventura exitosa a merced de esta costumbre indiscreta de los ahogados, en quienes la elocuencia ha perdido cualquier viso de vulgaridad.

III

Hay tantos Lewis en la literatura de habla inglesa, como nombre y apellido (Carroll, Mumford, Edward, Cecil Day, C.S., Norman, Wyndham, Sinclair), que Herbert Clyde debe resignarse a rutinas de malentendido o postergación hasta llegar a ser quien es, monotonías después de las cuales tampoco parece recuperar gran cosa porque ausencia y anonimato forman una máscara bifronte de la que podría despojarlo solo una leyenda. Pero, como si Herbert Clyde Lewis fuera el antónimo de Henry Preston Standish, el protagonista de *El caballero que cayó al mar*, su leyenda consiste en que no hay leyenda.

Nacido a comienzos del siglo XX, Herbert Clyde Lewis trabajó en diarios y periódicos de Nueva York durante tres años. Viajó a París, después al Lejano Oriente. Trabajó en el oficio constante de periodista. Cuando volvió a Nueva York, había acumulado una cantidad suficiente de historias como para empezar a venderlas. Y lo hizo. En colaboración con Louis Weitzenkorn, escribió una obra, *Name Your Poison*, y continuó luego haciendo guiones cinematográficos para Hollywood, algunos, como *It Happened on Fifth Avenue*, con éxito. Conoció a estrellas y partiquinas de la edad dorada y trabó amistad con Humphrey Bogart, lenta. Antes de la muerte temprana de Lewis, una anécdota con el actor de *El halcón maltés* y *Casablanca* empaña una vida sin anécdotas con un episodio ajeno. La anécdota puede correr el riesgo (o aceptar la comodidad) de ser apócrifa; se adapta tan bien a la vida del autor de *El caballero que cayó al mar* que vamos a consignarla. Lewis y Bogart fueron invitados por una amiga común, actriz en ciernes, a un crucero. El barco en el que viajaban —no se especifica de qué tipo— llevaba el nombre del primer propietario, un hombre tan perdurablemente imperceptible que fue olvidado por la tripulación del barco que le pertenecía en Panamá. Parece que la mujer envió unos días después una patrulla de rescate. Lo encontraron no muy lejos de donde había sido olvidado, en una isla. Había cambiado por completo de vida o la había adecuado a una especie de suave salvajismo sin principios: también él se había olvidado a sí mismo. Una colonia de inestables adeptos agasajaba y festejaba un repertorio muy limitado de

ocurrencias. El hombre quiso quedarse y el barco conservó el nombre, hasta que la viuda decidió volver a navegarlo y, en un arranque de furia, lo rebautizó. La superstición acerca de la mala suerte que acecha tras el cambio de nombre de una embarcación ha sido atestiguada en muchos libros, entre ellos en *La isla del tesoro*. Como si la profecía se cumpliera mejor fuera de la literatura, en esa travesía, de la que Bogart y Lewis fueron testigos sobrevivientes, la nave naufragó. Los dos tuvieron desde entonces una prudencia incalculable antes de aceptar invitaciones que implicaran un viaje. Como compartían el temperamento y ambos tendían a la obsesión, consideraban una cantidad interminable de factores, desde meteorológicos a zodiacales. Pasaban tanto tiempo haciendo tiempo, que la amistad se afianzó, gracias, en gran medida, a las especulaciones de todo tipo a las que se entregaban en tales preámbulos, que muchas veces dejaron de serlo sencillamente porque nada precedían. Se movieron muy poco a partir de entonces, añade el biógrafo de Bogart. Con adversa predisposición sedentaria, Herbert Clyde Lewis murió el 17 de octubre de 1950, a los cuarenta y un años, de un infarto.

HERBERT CLYDE LEWIS (1909-1950) nació en Brooklyn, Nueva York, en una familia de inmigrantes rusos. Asistió a la Universidad de Nueva York y al City College, pero abandonó sus estudios para probar suerte como reportero. Tres años más tarde se embarcó hacia París y un año después hacia China. A su regreso, se casó con Gita Jacobson, con quien tuvo dos hijos. Dejó momentáneamente el periodismo para convertirse en un escritor independiente, pero aunque vendió algunos cuentos a revistas estaba en la quiebra cuando publicó su primera novela, *El caballero que cayó al mar* (1937). Se mudó a Hollywood, donde trabajó de guionista para MGM y 20th Century Fox. Finalmente volvió al periodismo y puso su pluma al servicio del *Times*, el *New York Herald Tribune* y la revista *Time*. Varios de sus relatos se adaptaron al cine; el caso más importante, y por el que en 1947 Lewis estuvo nominado para un premio Oscar en la categoría de mejor argumento, fue el que inspiró el film *It Happened on Fifth Avenue*, que Frank Capra compró y revendió a Roy del Ruth. Publicó otras tres novelas: *Spring Offensive* (1940), *Season's Greetings* (1941) y *Silver Dark* (1959), que apareció en forma póstuma. Murió a los cuarenta y un años de un ataque al corazón.



Título original: *Gentleman Overboard*

© 1937 Herbert Clyde Lewis

© Laura Wittner, de la traducción

© 2012 La Bestia Equilátera S.R.L.

Aguilar 2023

Buenos Aires, Argentina

www.labestiaequilatera.com

info@labestiaequilatera.com

eISBN: 978-987-1739-27-1

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Conversión a formato digital: Cecilia Espósito

Lewis, Herbert Clyde

El caballero que cayó al mar. - 1a ed. - Buenos Aires : La Bestia Equilátera, 2012.

EBook

ISBN 978-987-1739-27-1

1. Narrativa Estadounidense. 2. Novela. I. Título

CDD 813

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por

cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.